

VIVIRÉ OTRA VEZ

Sentimental producción

interpretado por

ADRIANA LAMAR
ALICIA DE PHILIPS
DAVID SILVA



Dirección

de

ROBERTO RODRIGUEZ



Distribución exclusiva: **REY SORIA FILMS**

(REY SORIA y Cia., S. L.)

Mayor, 6 - MADRID

EDICIONES MARAZUL

Enrique Granados, 8 - BARCELONA

Tres grandes éxitos de
REY SORIA FILMS

(REY SORIA Y Cía., S. L.)



El primer amor

por DIANA DURBIN



Viviré otra vez

Una gran película americana
por ALICIA DE PHILIPS y DAVID SILVA



Niña revoltosa

por GLORIA JEAN

La deliciosa chiquilla de 11 años, con una voz
purísima que maravilla

VIVIRE OTRA VEZ

Argumento de la película

Narración literaria

por

ANDRÉS BAYÓN

Eran los Ledesma una de las familias más distinguidas de Buenos Aires. Poseedores de un importante negocio, habían redondeado una bonita fortuna de la que era buena muestra el palacete que se levantaba en la principal vía de la ciudad. Don Luciano Ledesma, en plena juventud, gozaba de un crédito extraordinario. Hombre de gran inteligencia, de perspicaces dotes, había ido ensanchando su comercio de exportación hasta convertirlo en una entidad acreditada en todo el mundo.

Casado con una dulce y bondadosa dama, tenía dos hijos de tierna edad, que formaban el centro de su existencia; Mario era el mayor, robusto, fuerte, de carnes llenas y sonrosadas; Consuelito había nacido débil, enfermiza y a los pocos meses una terrible parálisis había inmovilizado sus piernas. Un calzado ortopédico presionaba esta carne enferma y de vida mediocre.

Consuelito era la cruz, el reverso de la felicidad que hubiese sido completa en su casa de millonarios. Esta amarga realidad aparecía a veces endulzada por la esperanza. Los médicos aseguraban que todo era cuestión de tiempo y que, algún día, la niña morena y de ojos un poco tristes, saltaría como todas las demás, llena de risas y libre de movimientos.

Cierta noche, Justo, el mayordomo de la casa, había recogido, junto al gran portalón, a un chiquillo de muy corta edad, envuelto en una oscura manta. Era un niño de unos dos a tres años que lloraba tenuemente, ávido de las caricias maternas, ya perdidas.

Los señores de Ledesma contemplaron con ternura al pequeño, de hermosos ojos negros, que miraban de un lado a otro con la sorpresa que causa en la infancia toda novedad.

Era una criatura de delicadas facciones, aterida de frío, el rostro

lleno de melancolía. Sus ropas eran finas, blancas, olorosas.

Una carta que el niño llevaba encima explicaba el motivo de su presencia.

Una madre atribulada confía a la bondad y a la generosidad de los señores de Ledesma, este niño llamado José, imposibilitada de cuidarlo y atenderlo, lo abandona en manos ajenas, pero que cree generosas y nobles. La gratitud no se borrará de su memoria.

Esta carta les emocionó profundamente.

¡Pobre niño! ¿A través de qué tragedias, de qué hondas, dolorosas horas de la vida, había venido a parar este chiquillo, abandonado y desamparado por su propia madre? ¿Qué drama de amor, qué serio altibajo de la vida, qué oculta, sorda tristeza, había conducido a llamar a la puerta ajena, desprendiéndose de lo más grande que hay en la vida de una mujer: su oficio de la maternidad?

Pero no en balde se había llamado a aquella casa. Allí había corazón, y amor al prójimo y el dulce acatamiento a Dios. Por de pronto, llevarían al chiquillo a la cama, y mañana, más reposados todos tras la impresión de la sorpresa, acordarían definitivamente su destino.

Y cuando, a primeras horas matinales, entraron en el cuarto de los niños, vieron a José jugar como un compañero de siempre con Mario y Consuelito, que parecían simpatizar con el pequeño desconocido. Saltaban los dos niños, mientras Consuelito reía bondadosamente, con fácil y entusiasta abandono y en medio de un alborozo que alejaba la tristeza de su invalidez.

El señor Ledesma lanzó una rápida mirada a su esposa. Puesto que la Providencia había señalado su casa, entre las otras, como refugio del niño, ¿por qué no adoptarlo como un hijo más, como un tercer hijo que compartiera juegos, bienestar y educación con los hijos de la sangre y del alma? José irradiaba simpatía y bondad, tenía la mirada viva e inteligente.

—Se quedará con nosotros y para siempre, ¿verdad?

—Puesto que tú lo quieres, puesto que nuestros hijos lo quieren, ¿cómo he de negarme yo?

Y le estrecharon en sus brazos.

El mayordomo y las criadas se quedaron atónitos al saber la decisión de los señores.

Y así fue como José se quedó en casa de los Ledesma, amparado por un amor paternal, amplio y sin distinción.

VIVIRÉ OTRA VEZ

Pasaron días y nueve años. La fortuna había continuado favoreciendo a la familia Ledesma. Seguía la prosperidad en sus negocios, llevados por la mano férrea y experimentada de don Luciano.

A pesar de las esperanzas puestas en su curación, no se había conseguido todavía que Consuelito dejase su melancólico cochecito de ruedas. Arrastraba su tristeza por el palacio, viéndose en plena juventud condenada a dolorosa inmovilidad. Era muy bonita, muy linda, de ojos melancólicos, y con un rictus de amargor entre los labios que pretendían sonreír. Su alma estaba ansiosa de luz, de aire, de vida, y la enfermedad la retenía, prisionera en el sillón y acuciada por todos los sueños y perspectivas de la juventud.

Mario, su hermano, no parecía seguir el camino ascendente y laborioso del padre. Era un muchacho inútil y vago, dilapidador de su dinero y con pocos deseos de trabajar. En vano sus padres le

sermoneaban, censurando su conducta, amenazándole con severas reprimendas. Malas compañías, garitos de juego y de vicio, atraían al mozo, alejándole del sendero recto y salvador.

Por contraste, José, el chiquillo recogido una noche y adoptado con noble generosidad, era el prototipo del muchacho bueno, trabajador y apto para los negocios. Lleno de actividad, no era sólo el colaborador más fiel de don Luciano, su padre adoptivo, con un exacto conocimiento de los problemas. Aparte de su trabajo comercial, cultivaba la música, y en los ratos de asueto componía pequeñas obras que respondían a una inspiración fresca e ilusionada.

Aquel día era el del cumpleaños de Consuelito. Se había celebrado una pequeña reunión, a la que acudieron los íntimos, ofreciéndole a la agasajada flores y diversos regalos.

Entre los visitantes figuraban

don Julián y su hija Esperanza, íntimos amigos de la familia, y el doctor Guzmán, hombre de ciencia y de noble corazón, que manifestaba gran confianza en conseguir poco a poco la curación de Consuelito. Las piernas de ésta no estaban muertas; faltaba un impulso a los movimientos, una energía nerviosa que era necesario producir.

Mario felicitó también a su hermana con el aire distraído del que siempre tiene preocupaciones lejanas. Además, la presencia de Esperanza le turbaba. Se sentía enamorado de esta muchacha de la alta sociedad y la cortejaba a menudo, sin que ella pareciera corresponder al continuo afán.

La fiesta transcurrió llena de agrado, hasta últimas horas de la tarde.

Se merendó espléndidamente. Hasta el propio mayordomo Justo fue invitado a tomarse una copa.

—No pruebo el alcohol — repuso el muy ladino, que lo adoraba —, pero en obsequio a la señorita me sacrificaré.

Y Consuelo parecía feliz, aunque un poco turbada porque José no había entrado a felicitarla. Su hermano adoptivo estaba ocupado en diligencias del negocio y no podría regresar hasta muy tarde.

Más que nada en el mundo le importaba a Consuelito la presencia de José. Porque éste era el gran secreto de su corazón. Quería a José, le amaba, con un amor recatado en el pecho, con un amor que no osaba manifestarse, teme-

roso de un despertar brutal, que la realidad haría casi trágico.

No, no existía para ella el amor. ¿Quién iba a enamorarse de una inválida, sin el divino don del movimiento, condenada en plena juventud a valerse siempre de los demás? Y aunque el alma sentía las caricias arrulladoras del primer amor, la razón y el pensamiento hacían comprender a Consuelo que vivía en el reino de las sombras, de los sueños. José no podía ser para ella otra cosa que un hermano... Y, sin embargo, cuando estaba ante él, su corazón se aceleraba, sentía como un suave estremecimiento, una misteriosa ternura que respondía al llamamiento juvenil del nuevo amor.

Cuando por la noche entró José, radiante, optimista, con la satisfacción del hombre que tiene limpia la conciencia y le sonríe la vida, se sintió sumergida en una intensa dulzura.

—Tienes que perdonarme, Consuelito, por haber llegado tarde. Pero me he acordado todo el día de ti, te lo prometo.

—¿De verdad?

—Y aquí están las pruebas. Dos regalos para ti. Este perrito...

Y puso en sus brazos un perrito faldero, blanco y fino.

—Gracias, José, gracias...

—Y después otro regalo que quizás no te guste tanto, pero que me ha costado más. Un regalo en colaboración.

—¿De quién?

—De la Musa que me lo ha inspirado. ¡Tú!

—¿José!

VIVIRE OTRA VEZ

Se sintió encendida en rubores. José, sonriente, le entregó una partitura que había compuesto en su honor.

—Es una melodía fina, suave como tú... Verán...

Cogió su violín y surgió de sus cuerdas bajo la caricia del arco unas notas delicadas, rumorosas, primavera y mujer, alegre amanecer de todo lo que empieza...

Ella cerraba los ojos. La música, la gran compañera del amor, se le entraba corazón adentro, a raudales de luz, de perfume. Se esforzó porque no la vendieran la emoción, ni las lágrimas.

—¿Te gusta? Tiene el nombre tuyo, Consuelo. Está compuesta pensando en ti — repitió con ternura.

—¡Qué hermosa es, José! ¡Gracias, gracias...!

Y le tendió la mano que él estrechó con fraternidad.

—Y ahora me perdonarás, Consuelito... pero tengo aun mucho que hacer antes de acostarme. He de poner en orden los trabajos

del día. Ya sé que has pasado una tarde deliciosa.

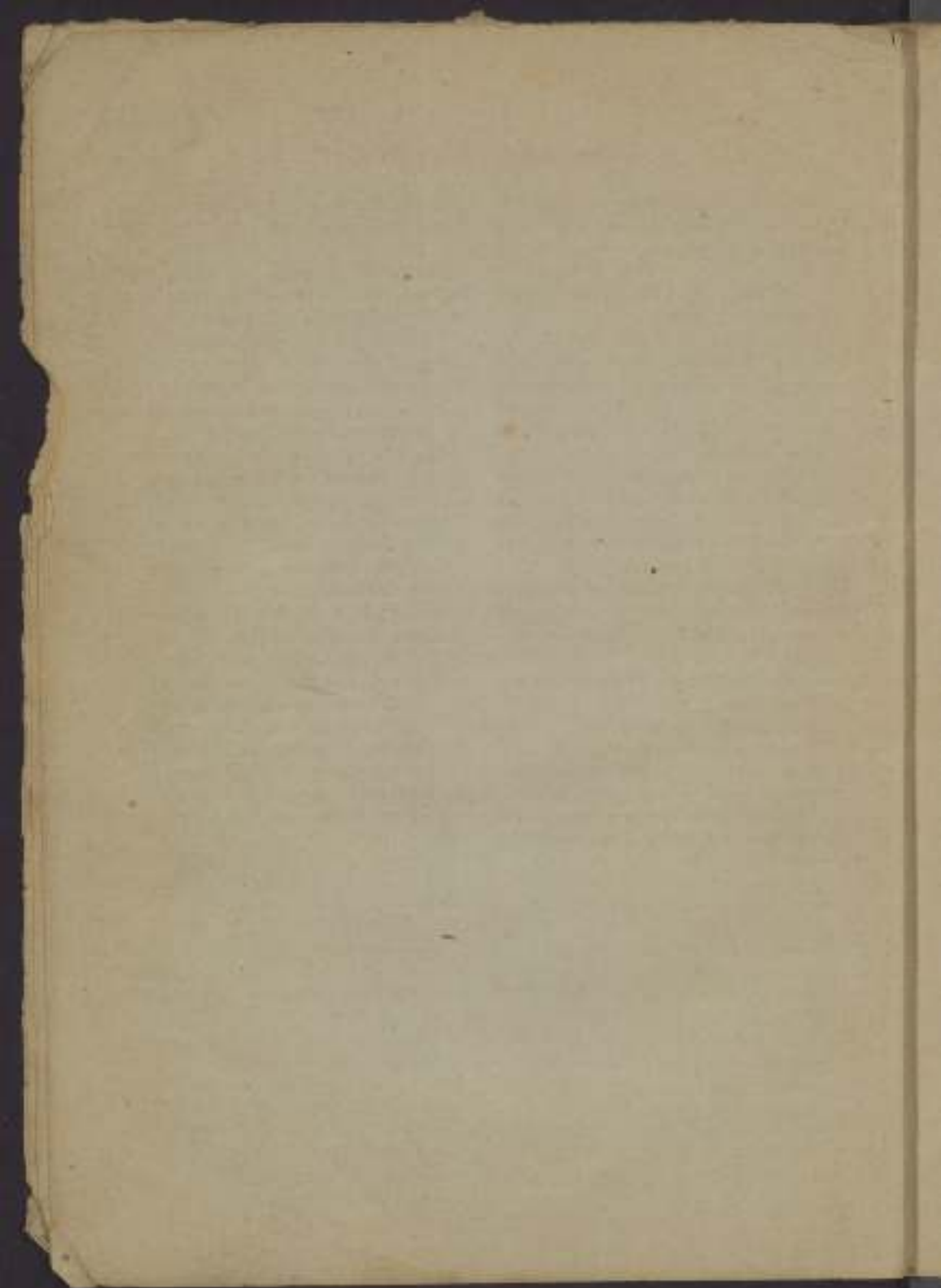
—Sí...

Hubiera deseado agregar: Me faltaste tú... Pero calló para que no la vendieran sus palabras.

Le vio partir con una extraña congoja. ¡Si José supiera! Pero José nada adivinaba. Para él Consuelito era la hermana adoptiva, la hermana buena, cariñosa, sencilla... La mujer, la compañera, la que forma la vida del porvenir, estaba ya elegida y era otra...

Cuando se retiraba a su habitación, José pensaba en su enamorada, en la dulce morena que le había despertado al amor... Esperanza, la hija de don Julián, de la antigua familia amiga de casa...

Y Consuelo, ignorante de que una rival, con la superioridad de la salud y del movimiento, se llevara el corazón de José, sonreía alegremente, mientras los criados le ofrecían el último homenaje del día, con flores recogidas en el jardín y atadas con lazos color de rosa.



VIVIRÉ OTRA VEZ

Justo, el mayordomo, llevaba más de veinte años en la casa. Espíritu cumplidor y activo, tenía un sólo defecto: le gustaba probar los vinos del bien calado armario. Especialmente el coñac Napoleón era su debilidad, y lo frasegaba a menudo a su cuerpo. Se excusaba por el cierto cariño que decía sentir hacia el ambicioso corso.

Acababa de probar una vez más el fuerte y aromático vino cuando llamaron a la puerta.

Era unos días después del cumpleaños de Concelo. Justo se dispuso a abrir, y para que desapareciera todo olor a coñac, intentó neutralizarlo con una pastilla medicinal.

Entró Mario, el aire cansado, los ojos hundidos, fatigado todo su semblante. Había perdido la noche una vez más, malgastando dinero honra y salud.

Contempló a Justo con cara de pocos amigos, y éste, aludiendo a la pastilla que degustaba, aclaró:

—Es medicina. Mi maldita dispepsia, señor.

No le respondió y avanzó con aspecto aburrido. Consuelito, haciendo funcionar su cochecito de ruedas, fué hacia él.

—Necesito hablarle, Mario.

—¿Qué deseas?

—Papá está muy preocupado por tu conducta. Las malas compañías te apartan del trabajo.

El hizo un mohín de desprecio.

—¡Pah! No quiero que te metas en mis cosas.

—Como hermana, me creo autorizada...

—Nada de eso. Si has de dar consejos, háblale a José; yo no los necesito.

—¿José? ¿Tú crees? ¡Si fueras tú como él!

En los ojos de Mario brilló una luz de celos y de ira.

—Ya salió el hombre perfecto, el trabajador, el santo! Bien ha sabido ese hipócrita quitarme el cariño de todos vosotros.

—No digas tonterías.

—Sí, el cariño de mis padres, el tuyo... José, que no es de nuestra sangre, parece el primero en todo. Tengo esa preferencia clavada aquí, Consuelo, y algún día no podré contenerme y habré de plantársela cara a cara...

—Eres injusto. En nuestra casa a todos se quiere igual. Pero tú deberías aprender de José en labor, actividad, ocupación provechosa de todas las horas del día.

Entraron don Porciano y su esposa. Habían recogido las últimas frases del diálogo de los hermanos, y don Luciano, con expresión severa y triste, intervino:

—José lo merece todo. ¿Te enteras, Mario? El ha sabido ganar nuestro afecto, nuestro amor sin limitaciones. Es muy doloroso tener que decirte, Mario, porque soy tu padre y yo hubiera querido poder enaltecerte siempre, orgulloso de ti, de tus actos, de tus procedimientos. Y desgraciadamente es todo lo contrario... Tu conducta es en absoluto reproachable. Eres un vago, un trasnochador. Me he enterado de que tampoco has dormido hoy en casa y no estoy dispuesto a que esto prosiga de tal forma. ¿Y aun censuras a José? ¡Aprende de él! Es mi obra, mi orgullo, mi alegría... ¿Y tú...? ¡Dios mío! ¡Qué pena! ¿Por qué debo hablar así cuando yo quería tenerte contra mi corazón y poder dedicarte las mismas palabras que tengo para con el otro...? ¿Te das cuenta de mi desencanto?

—No, papá... Yo sólo sé que en esta casa ocupo un lugar inferior y no se me quiere lo bastante.

—No disparates, Mario — aclaró la madre —. Se te quiere como a Consuelo, como a José...

—No, no... pero me causan las discusiones... Voy a mi cuarto... Tengo dolor de cabeza.

—La noche sin dormir, las horas perdidas. ¿Cómo quieres tener la cabeza dispuesta para ninguna actividad noble?

—Bueno... Adiós, mamá; adiós, todos...

Y fué a encerrarse en su habitación desde donde telefonó a Esperanza solicitando de ella una entrevista. Pero la contestación de ella fué contundente, definitiva.

—Nada tenemos que decirnos, Mario.

—¿Nada? ¿Estás segura? ¿No sabes que te quiero?

—No insistas. Estoy comprometida.

—¿Tú? ¿Con quién?

—Lo sabrás cuando sea oportuno.

—Pero, Esperanza...

Dejó el teléfono con rabia. ¿Quién sería el afortunado rival que le arrebatara el amor de lo único espiritual y puro que le eternecía en la vida?

¿Cómo le odiaba! Ahora sí que todo le daba lo mismo. E incapaz de reaccionar, se sintió envuelto más y más en las tristezas de su vivir de jugador, de bebedor, de hombre que va rodando poco a poco por los caminos que conducen, de manera inflexible, a la perdición. Nunca se realizarían sus sueños de amor.

Sí, Esperanza estaba comprometida. Unas horas antes, en la pla-

VIVIRE OTRA VEZ

ya, José había declarado, entre turbación y balbuceos, su cálida pasión de primer amor, a la muchacha. Y Esperanza le había correspondido con la afirmación, hecha de rosas, de que le quería también.

—¡Oh, Esperanza! Debemos formalizar en seguida nuestro amor. Pero me da miedo hablar con tu padre, te lo aseguro.

—Papá te conoce y te quiere.

—Sí. Pero el nombre que llevo no es el que me correspondía. Mi cuna es desconocida. Yo no soy más que un hijo adoptivo de don Luciano, pero hay una nebulosa en mi origen.

—¿Qué importa todo ello? Te quiero porque eres diferente de los demás, de cuantos jóvenes he

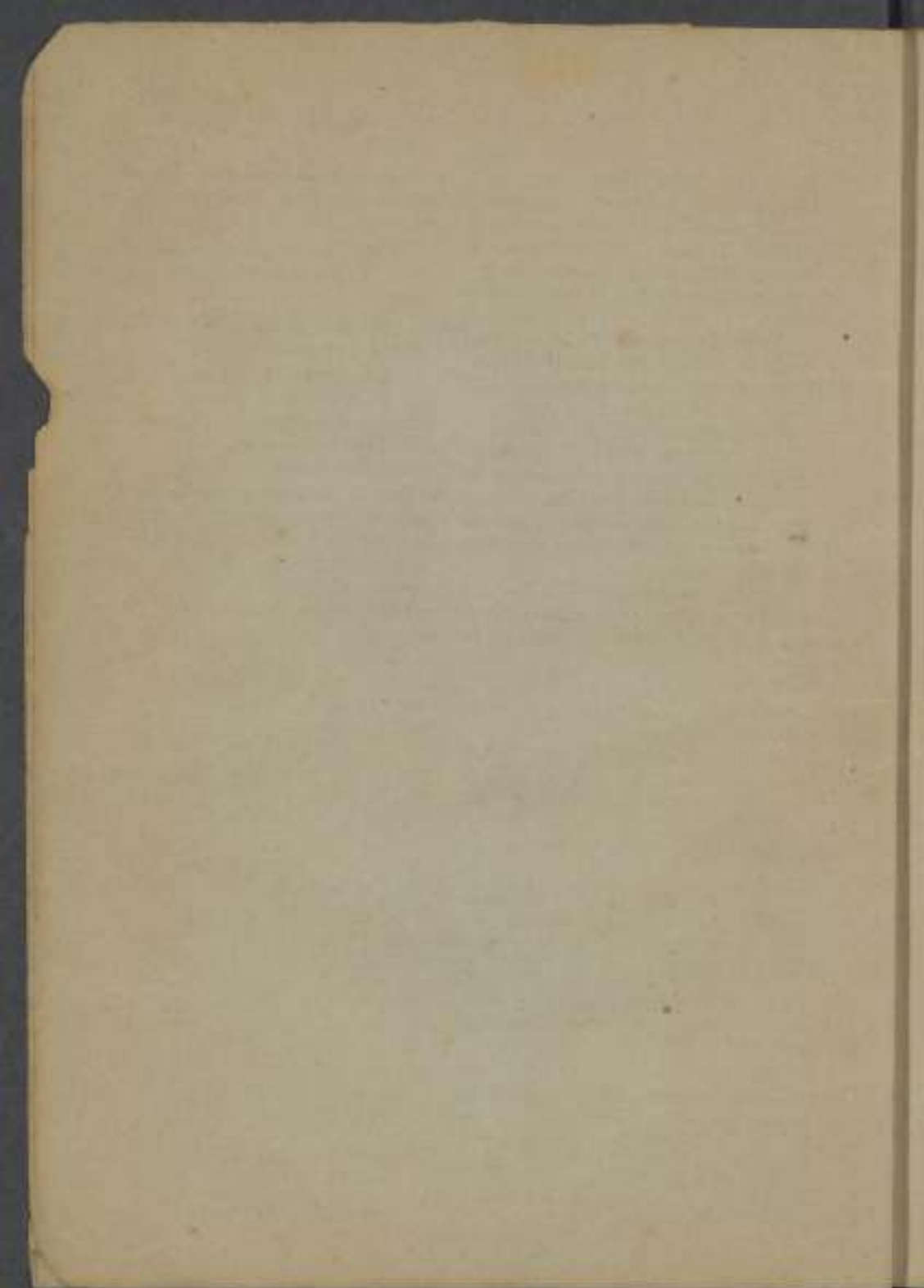
conocido hasta ahora... Y estoy segura que papá te aceptará como un nuevo hijo.

—¡Mi Esperanza! Todo lo mereces... Y no puedo darte apenas nada...

—Me das la garantía de mi felicidad, ¿te parece poco?

—Es cierto. Te quiero, esto sí que es verdad, te quiero... Y mañana, abogando mis temores, iré a hablar a tu papá, para decirle cómo has entrado en mi corazón.

Suave diálogo, canción en flor, música de amores... Regresaron cogidos del brazo, proclamando ante el inmenso mar, la alegría casta, sonriente y única, de un primer amor de ilusión y de belleza...



...

Don Rafael Guzmán había reconocido de nuevo a Consuelito, mostrándose muy optimista en la apreciación de su salud.

—Estoy ilusionado — dijo a los señores Ledesma —. Un poco más de tiempo y verán ustedes realizada mi predicción... Consuelito arrinconará su coche... andará como todo ser normal.

—¿Cómo pagarle sus desvelos y su cuidado, doctor?

—Con mi propia satisfacción. Hace muchos años que lucho. Y tendré pronto la victoria en la mano.

—¡Magnífico, querido Rafael! — dijo don Luciano, alegremente —. Celebremos el acontecimiento con un coñac.

Llamó a Justo.

—Trae la botella del coñac Napoleón.

—Es mi favorito.

Justo presentó la botella y mientras lo escanciaba en las finas copitas, el señor Ledesma se alarmó.

—¿Cómo es esto? La botella casi vacía y apenas he bebido...

Y envolvió en una severa mirada a Justo, que no se inmutó.

—¡Oh, el alcohol se volatiliza, señor! Estaba destapada y...

—Eres un truhán, Justo... Si vuelve a ocurrir esto, perderás tu sitio.

—Señor, soy inocente... Desde mi juventud...

—Bueno. No hables de historias de hace treinta años... Sirve y atención...

Se bebió alegremente. ¡Si fuera una verdad próxima, inmediata, la de Consuelo en curación!

Consuelo, a quien le habían comunicado la buena noticia, sentía una alegría luminosa, indescriptible... Con la fuerza poderosa del amor, asociaba a su curación, su cariño por José, el sueño de una boda, un hogar nuevo, las venturas infinitas que la fuerza de los enamorados describe siempre con rasgos imborrables...

¡Si en aquel instante hubiera

podido ver a José del brazo de Esperanza, junto a la playa y diciéndose aquellas mismas palabras que ella musitaba con el afán de haberlas retenido mucho!

¡Cuán ajena estaba a la realidad!

Alegremente habló a su doncella, una mulata de toda confianza, a quien había confesado, con el anhelo de expansión de toda alma enamorada, el cariño que sentía por José.

—Voy a curarme, ¿sabes? Y lo que tú llamabas locura, sueños irrealizables, se convertirán en la más dulce de las realidades. Dime, María, ¿tú crees que José me quiere?

—An.da, ¿cómo voy a saber? como a una hermana si la quiere a la señorita...

—No es eso... Como a una novia, así lo espero... Como a una novia... Tengo ya casi escogido el traje blanco, con flores de azahar, de mi casamiento... con una larga cola que cogerán unos niños... Déjame soñar, María... ¿Tú crees que sabré andar bien después de tanto tiempo?

La doncella sonreía, simulando contestar con la alegría de su dueña, pero en el interior, temerosa de que todo aquello resultara ficción.

No sabía por qué, por apreciaciones superficiales, pero que son a veces definitivas, no le parecía que José estuviera enamorado de la joven, ni que hubiese pasado nunca por su imaginación querer a Consuelito, más que como una hermana, con la ternura que inspira la hermana enferma, desgraciada, que necesita de mimos y de buenas palabras para hacerle olvidar la monotonía de una existencia sin luz.

¿Se curaría Consuelito? Eso sí que lo deseaba la doncella con toda el alma...

—¿Qué felicidad verla a usted correr por aquí, señorita Consuelo!

—Tengo fe, querida María, tengo mucha fe! Quiero volar, te lo aseguro. El amor es una extraña fuerza que me impele a abandonar el sillón.

Y quedó en el éxtasis de un sueño interior, lleno de belleza.

* * *

Mario había vuelto aquella noche a cierto Club donde unos cuantos pájaros de mal agüero le iban dejando sin blanca. Sobre el tapete verde de una mesa de juego, fué perdiendo hasta el último centimo. Uno de los jugadores, apellidado Chupas, hombre que no era malo en el fondo, sentía cierta compasión instintiva hacia Mario, al que por buenas y malas artes, aquella pandilla que presidía Martín, un truhán de oficio, le despojaba de sus bienes.

—Lo siento, Mario, pero estás de malas — dijo Martín, ganando otra vez.

Aturdido, Mario había ya jugado al fiado. Su cartera estaba vacía. Con el tormento doloroso del jugador, naufrago que en vano pretende salvarse, jugaba más y más, contrayendo deudas en aterradora proporción.

—En efecto. Tengo la suerte de espaldas. ¿Cuánto debo?

—Diez mil pesos.

—Te haré un cheque contra el Banco Nacional.

Tembloroso extendió un talón, entregándolo a Martín que, ante la turbación de su víctima, sospechó si ésta acababa de firmar en descubierto. Pero guardóse tranquilamente el cheque en el bolsillo. Si resultaba bueno, mejor; si no, Mario tenía suficiente responsabilidad para cancelar su deuda.

Cuando Mario salió, Chupas censuró a su jefe:

—No está ni medio bien lo que hacéis. No le ganáis legalmente.

—¿Te quieres callar? ¿Cómo te atreves a hablar así?

Y le amenazó tan rudamente que Chupas optó por marcharse con un gesto indiferente del que desea, egoísta, salvar la piel.

Por una extraña coincidencia del destino, una de las artistas del café, la que animaba las reuniones con sus cantos, era la misma mujer que diez y nueve años antes había dejado junto al quicio

de la puerta de los Ledesma al pequeño José con una carta suplicando amparo para él.

Había sido una historia triste, dolorosa. Abandonada al poco tiempo de nacer el niño, aquella madre conoció las horas negras y afligidas de la más absoluta pobreza. Cobarde, sin excesivos anhelos de lucha, había dejado a su hijo al amparo de los señores Ledesma, cuyo corazón sabir no se cerraba nunca al desamparo.

Había sentido una inmensa alegría al ver que los Ledesma adoptaban al nene como un hijo más, dándole la misma educación que a los suyos.

Margot, la madre, piedrecita que había rodado por tierra, como ínfima artista de un garito de baile y de juego, había recorrido todo el país, con la vida triste de quien carece del propio hogar y desconoce las alegrías del amor que tiene las bendiciones de Dios.

Temerosa de que su hijo se tuviera algún día de avergonzar de ella, se había hecho el propósito de permanecer en eterna sombra, dejando en el misterio el origen del muchacho. Se contentaba con saber de lejos sus triunfos, su inteligencia, su energía, y en soledad paladeaba la gloria de un hijo al que nunca podría llamar así.

No había sabido redimirse lo suficiente para presentarse sin temores a José y proclamar su dulce autoridad de madre. Segula su vida en el café aquel, en tratos con una clientela que no brillaba por su moral.

Aquella noche vió salir a un jo-

ven del café, con el aire derrotado del que lleva una grave preocupación.

Sería una nueva víctima de Martín, el rufián que desplumaba incautos y no reparaba en medios para conseguir sus propósitos. Sintió por él, como por todas las víctimas del juego, una gran piedad.

Sabía que José no era así; sabía que se había creado una reputación sólida y esto le alegraba.

Y, entretanto, a la misma hora, y tras una intensa jornada de trabajo, José, en su casa, tocaba el piano, desgranando algunas melodías sentimentales y evocadoras.

Consuelito le oía estremecida, y el eterno lenguaje de la música evocaba una vez más el amor en sus diferentes facetas.

Ensamblado en su concierto, no se dió cuenta José de que ella hacía avanzar silenciosamente su cochecito de ruedas y colocándose detrás del artista, con la hoja de un lirio cosquilleaba su cabeza. Se volvió levemente, y al ver a su hermana adoptiva, se echó a reír.

—Con que divirtiéndote a mi costa, ¿verdad?

—Parece que ayes. Andas sordo como Beethoven.

Y le señaló un busto en miniatura del gran artista sordo.

—La música alegre mi vida — dijo José —. Es mi mayor distracción.

—Pero te distraes demasiado. Por de pronto llevas el cabello desalñado, querido. Si encuentras a alguna muchacha, no le gustarás...

Por la mente de José pasó la

imagen dulce de Esperanza, la primera novia, aureolada por toda la poesía del amor espiritual.

Consuelito — dijo sonriente, sin sospechar el drama sentimental que ello podría producir en el corazón de Consuelo — Como tú tienes toda mi confianza, has de saber algo antes que nadie...

—¿Yo?

—¿No has notado que estoy enamorado?

Clavó en ella su mirada, y Consuelo bajó la suya con una extraña delectación en el alma.

[Dios mío! ¿Es que se le iba a declarar? ¿Sería posible? El sueño, la fantasía, ¿tendrían vicios de realidad?

—Sí... Consuelo... Yo quiero decirte algo muy importante... Un secreto de mi alma... De hombre a mujer... Escucha...

Serénamente había acariciado su mano, y ella se sentía transportada al cielo de la más alta felicidad.

Dime...

—Yo quiero a una mujer, yo quiero a...

La presencia de la señora Ledesma interrumpió el sabroso diálogo, dejando en sombras y en el reino de las más dulces druidas, a la jovencita inválida.

—José, ven conmigo. Tu padre quiere verte en la biblioteca.

—Voy en seguida... Adiós, Consuelo... Ya hablaremos luego...

Quedó sola la joven saboreando el néctar de una declaración que creía para ella.

María, ¿ves cómo tenía razón? José le amaba, José iba a decla-

rarsele! Y movía instintivamente las piernas, ávidas de romper la cárcel del sillón y echar a volar como su propia alma.

José había entrado en la biblioteca donde se encontraba el señor Ledesma y don Julián, el padre de Esperanza.

Saludó afectuosamente, disimulando su turbación.

—¿Qué tal, hombre afortunado? — le dijo don Julián.

— Señor Mendoza...

—He hablado con Esperanza... Sé que los dos os queréis... Y yo me siento muy honrado con ello.

—Don Julián, deseaba hablarle a usted... Quiero a su hija y mi deseo es hacerla tan feliz como se merece...

—Gracias, José. Estoy seguro de esto.

Los señores Ledesma manifestaron su satisfacción por aquel compromiso que iba a unir a dos familias tan distinguidas y de tan vieja intimidad.

—Hay que formalizar la boda en seguida, querido — dijo Ledesma.

—Lo antes posible. Los malos pasos hay que darlos pronto. Para la próxima primavera, la boda — explicó don Julián.

José estaba alborozado. Todo iba como una seda.

[Alegria del vivir, juventud en su camino formal de matrimonio, amor presidiéndolo todo con su generosidad!

Saló el señor Mendoza acompañándole José y sus padres hasta la puerta del jardín.

Quedóse José por las floridas veredas, ávido de respirar el aire

fino de la tarde, que olía a rosas y al amor en su pompa de triunfo.

En una de las veredas descubrió a Consuelito en actitud pensativa, soñando en quien sabe qué cosas...

— ¡Consuelito, la dulce hermana! ¿Cómo se alegraría al conocer la noticia!

Y acercándose de puntillas, la acarició con los pétalos de una flor.

Se volvió ella sorprendida con agrado.

— ¿Qué hay, José?

— Vengo para continuar nuestra charla. ¿Te acuerdas? Nos han interrumpido...

— Sí, sí... decías...

— Que estoy enamorado.

— Ya será menos...

Sus manos deshojaban nerviosas una rosa. Primera declaración, turbación del alma virginal a la emoción de amor!

— Estoy enamorado... Con un cariño muy grande...

La leve voz femenina temblaba entre suspiros.

— ¿De veras la quieres mucho?

— La adoro! Como no he querido a nadie. Es la primera vez. ¿No adivinas?

— No...

Le saltaba el corazón... ¡Cuán feliz le hacían aquellas frases! Ahora iba él a pronunciar su nombre: ¡Consuelo, te quiero!

José, sonriente, con vehemencia de enamorado, prosiguió:

— ¿No adivinas?

— No...

— Debías haberlo sabido... Estoy enamorado de Esperanza.

Súbitamente se apagó la sonrisa

en la carita juvenil, radiante, de momentos antes.

Sintióse sacudido por algo brusco, terrible, una conmoción interior, un desplome espiritual y definitivo... En su cara la palidez trazó unas rosas amarillas.

— ¿No me felicitas? — siguió él, sin poder sospechar —. Pero, ¿qué tienes? ¿Te pones mala? ¿Qué te ocurre?

La crisis se convirtió en lágrimas que anegaban aquellos ojos azules donde antes había brillado el destello de una felicidad efímera e imposible.

— Pero, ¿qué tienes? — repitió José, que con el egotismo del enamorado, no sabía reparar en la tragedia sentimental ajena. — ¿Lloras? ¿Por qué? ¿Es que te desagrada Esperanza?

Procuró serenarse con un último esfuerzo de su voluntad.

— No, no es nada. Me emocioné. Esperanza es muy digna de ti... Que seas felices... Lo merecéis...

Y accionando las ruedas del cochecito, se alejó de allí, perdiéndose en uno de los parajes y dejando a José desconcertado.

¿A qué venía aquella tristeza? ¿Por qué se había disgustado de aquel modo? ¿No sería Esperanza de su agrado?

Pero, lleno de la imagen y del recuerdo de la novia, olvidó pronto el incidente para dirigirse a telefonear a la amada y contarle la entrevista con el padre de ella, la formalización del compromiso y la alegría de las próximas campañas nupciales en la cercana primavera.

...

Desde aquel día, Consuelo enfermó. La alegría de los últimos tiempos, acrecentada por las esperanzas de la curación y el amor de José, desapareció totalmente, cayendo con desplome vertical en los reinos de la tristeza.

Parecía otra; sin humor, sin interés para nada, languidecía presa de una extraña inquietud.

Ya no le importaba ahora la curación, al saber que el amor era un huésped extraño para ella.

Había soñado en lo imposible, y el despertar brusco le había hecho mucho daño.

Su única esperanza estaba fija en Dios, y desengañada de las cosas de la tierra, buscaba en la oración el único remedio a las tristezas humanas.

El doctor Guzmán se había sorprendido del cambio experimentado por la mujercita, tan alegre poco antes, tan propicia a la vida y al entusiasmo de andar.

—No me gusta el estado de Con-

suelo. Está deprimida. ¿No habrá recibido alguna emoción?

—Ninguna en absoluto — dijo la señora Ledesma, bien ajena a considerar los mundos de amargura que se ocultan en el corazón humano.

—La cosa es un poco seria. No puedo ocultárselo. La desgracia le quita fuerzas... No comprendo... Hasta se ha vuelto taciturna... Antes era alegre, optimista; ahora, todo lo contrario. Estoy desconcertado.

—Y nosotros... En vano le preguntamos si ha tenido algún disgusto. Pero, ¿quién hubiera podido disgustar a nuestra pobre hija?

—Necesita reposo, mucha tranquilidad. Y Dios sobre todo.

Sin ánimo para nada, la pobre Consuelito, sufría las hielas de aquel engaño.

José no podía pensar en que él fuera la causa de la agravación de su hermana adoptiva. El amor por Esperanza le tenía absorbido, un

amor lleno de porvenir, que olvidaba las cosas presentes.

Únicamente María, la doncella mulata que la había visto nacer, era la confidente de sus recuerdos tronchados.

La doncella, conocedora de aquel amor fracasado, intentaba con buenas palabras, consolarla.

—Vamos, no piense usted más en él y haga por su curación, que le permitirá amar a otro hombre y ser feliz. Todo menos este abatimiento, ama Consuelito.

—No, ya no pienso en él — contestó con un temblor, fragante todavía de emociones—. He soñado locuras, fantasías... aire... He pretendido la vida con medio cuerpo

en la tumba... La otra mitad vive y ha soñado una felicidad que no puede ser para mí... Pero nadie lo sabrá, nadie... Me avergonzaría de que los de mi casa se enteraran de ello.

—Déjese de pensamientos tóxicos, ama Consuelo. Lo importante es que adquiera fuerzas. Con ellas vendrá la curación, como asegura el doctor Guzmán. Y a falta de José, saldrá algún otro novio, guapo y bueno para la señorita.

Y las palabras se repetían un día y otro, sin que la dulce y doliente mujercita se levantara del golpe rudo, terrible, a que le había abocado su corazoncito ávido de aire y de luz.

...

Mario había vuelto al garito donde le esperaban los elementos de la pandilla que presidía Martín, hombre sin escrúpulos y sin un adarme de conciencia.

Entró el hijo de los Ledesma con la cabeza baja, el semblante asustado, melancólico.

Martín, blandiendo el cheque que días antes le había dado Mario, le recriminó con dureza.

—¡Vaya con el señorito! Con que extendiendo talones al descubierto, ¿eh? ¿No sabes que esto es hacer oposiciones al presidio?

—Por favor...

—No tenías fondos en el Banco, y has pretendido engañarme, burlarte de mí.

—Yo creía...

—¡Calla, hipócrita! Necesito el dinero ahora mismo. Arréglatelas como puedas...

—No tengo un céntimo...

—Tu padre es lo suficiente rico para pagar lo que debes...

Negó con energía.

—¡Imposible! No me lo daría nunca para deudas de juego.

—¡Entonces... entregaré este cheque a la policía! Y ya te entenderás con la justicia.

—No... no...

Le atemorizaba aquella amenaza que caería no solamente sobre él, sino sobre el buen nombre de toda su familia. ¡Un Ledesma en la cárcel, un Ledesma, prototipo del honor y de la dignidad!

—¡Te pagaré a plazos, cuando pueda, pero ten compasión de mí!

Martín cambió aparte unas palabras con sus compinches, y luego, con aire triunfal, se dirigió de nuevo a él.

—Ya tenemos la fórmula. Te hemos arreglado el asunto, no dirás que no seamos buenos muchachos. Ahora bien, el trabajito tiene sus riesgos, pero quien algo quiere algo le cuesta. Has de hacerlo con cuidado. Siéntate. El asunto es sencillo.

Y le propusieron algo indigno,

espantoso, que sublevó a Mario al oírlo.

—¡No, esto, no! ¡Cualquier cosa menos esto! ¡Qué horror!

—Tienes que hacerlo.

Y en la mano de Martín apareció una pistola.

—Es la única fórmula para que rompa el cheque y me olvide de lo ocurrido. Y toma nota de que el trabajo ha de ser por tu cuenta y riesgo, o sea que nosotros no sabemos nada, ni intervenimos en nada. ¿Te enteras?

La proposición era infame. Pretendían que saltase aquella noche una tienda y se apoderase de unas joyas, entregándolas después a Martín.

—¿O haces esto... o te mato?... Ya no se trata ahora del cheque. Sabes demasiado. No puedes volver atrás. O cumples lo que te ordeno o te dejo sin vida.

—No... no...

Salió como loco, con la cabeza en ebullición, horrorizado del abismo en que caía.

¡Si hubiera tenido un adarme de voluntad, si hubiese quedado algo digno y honrado en él, habría rechazado la infame proposición, prefiriendo cualquier cosa, hasta la muerte, a la horrible vergüenza de manchar sus manos como un ladrón!

Pero era un muñeco sin energía, estragado por una vida de juego y de crápula, y el terror a la venganza de Martín, chulo que las gastaba mal, le atemorizaba...

Chupes al verle salir, sacó afilado la cabeza.

—¡Pobre muchacho! — comen-

tó. — Lo mandáis al matadero... ¡Qué sinvergüenzas sois! Me da verdadera lástima. Apenas sale del cascarón y lo queréis perder para siempre... Tú no debes hacer eso, Martín... Está muy mal, pero que muy mal hecho.

Por toda respuesta, de un formidable puñetazo le echó Martín fuera de la habitación.

Cayó Chupes contra el suelo del pasillo, siendo recogido por Margot, la desdichada madre de José.

—¿Resbalaste?

—Me resbalaron. No fue tanto el golpe como la caída. Si me descuido, me tira hasta las muelas de oro. Por defender al muchacho, no lo cuento esta vez... ¡Estoy atontado!

—Vamos, ven, te daré una copita para que reacciones.

—Gracias, Margot. Tú eres buena, como lo soy yo... Pero el ambiente nos mata...

Mario se había dirigido, apesadumbrado por la preocupación y el espanto que le causaba la misión encomendada, hacia su casa.

Odiaba todo, la vida, los demás, se sentía transformado en un muñeco al que faltaba el divino soplo de los alientos del alma.

De buenas a primeras se topó con José que, sin reparar en el siniestro aspecto de su hermano adoptivo, le dijo:

—Descaba darte la noticia. Su-pongo que no la sabes.

—¿Qué? — dijo sordamente.

—Mi compromiso con Esperanza. Voy a casarme con ella dentro de poco.

Se irguió, relator, como si el

VIVIRÉ OTRA VEZ

amor herido, le diera todavía fuerzas para luchar.

—¿Tú con ella?

—¡Sí!

Ignoraba José que Mario hubiese intentado cortejar a la dulce amada.

—Te felicito — repuso fríamente —. Te felicito por el éxito. ¡Eres un miserable!

—Mario!

—Sí, un miserable, un traidor. Me has quitado el puesto y el cariño de la mujer que más quiero.

Palideció José. ¿Era posible?

—Lo siento, hermano mío. Yo no lo sabía.

—¡Hipócrita! Y no me llames hermano, porque ni lo soy, ni quiero parecerlo. No pienso volver

a cruzar contigo una sola palabra. Ya lo tienes todo, quédate con ella, con tu gloria...

Y salió desesperado, para encerrarse en su habitación, en busca de una luz que orientase su pobre vida en sombras... El mundo le parecía un infierno...

¡Martín, el siniestro propósito... y ahora, la seguridad definitiva de haber perdido lo que quería más! ¡Lo único que quizás le habría hecho retroceder en la temible senda que el mal le señalaba!... Cayó sobre la cama cubriéndose el rostro con desesperación y sin una lucecilla para reaccionar en su crisis...

Falto de fe, de confianza, parecía recto a caer hacia el abismo.

...

Chupas, sin citar nombres, había explicado a Margot el caso doloroso de Mario.

—Va a caer el pobre chico en la ratonera.

—Deberías hacer algo para evitarlo. ¡Ese Martín es tan miserable! No consientas que un hombre que dices es bueno, se pierda por él.

—Tienes razón. ¿Y si se lo costara a su padre? Su padre evitaría todo eso. Hecho... Voy a hablarle... De hombre a hombre, como se hacen estas cosas.

Y el bueno de Chupas, tipo cómico, que conservaba una nobleza de corazón a pesar del ambiente en que había nutrido su juventud y su madurez, se dispuso a ir a hablar con el señor Ledesma para impedir que su hijo se perdiera de modo definitivo.

Y rápidamente, atusándose el largo bigote que imprimía cierta fiereza a su personalidad, se dirigió a la mansión de los Ledesma.

A su tenue llamada de novato,

compareció Justo, con su buen chaqué de gran sirviente, y Chupas, que no reparaba en todos estos detalles, al ver sólo ante él a un hombre bien vestido, preguntó:

—¿Es usted el padre de Mario?

—¿Del señorito Mario? — corrigió mirando con desdén al intruso. — No, señor.

—Pues yo he venido a hacerle un favor — añadió, algo turbado.

—Se trata de su hijo.

—Pero si yo no tengo ningún hijo...

—Bueno, de Mario, del padre de Mario...

—Acabemos, ¿a quién desea usted ver?

En aquel momento, apareció José que se dirigía a casa de Esperanza. Se sentía disgustado por la entrevista borrascosa con su hermano, adivinando un sin fin de dificultades ante los celos intempestivos, e ignorados hasta entonces, de Mario.

—¿Qué ocurre? — preguntó al

VIVIRÉ OTRA VEZ

oír la discusión entre el criado y el visitante.

—Este hombre que cree que soy el padre del señorito Mario... y...

—Este hombre es el mayordomo de la casa... ¿Qué desea usted?

—Hablar de Mario.

—Yo soy su hermano.

—¿Ah, su hermano! ¡Magnífico!... Pues se trata de algo que debería decirle a usted, particularmente.

—Bien, Justo, puede usted retirarse.

Ya solos los dos, José preguntó al desconocido:

—Puede hablarme sin temor. ¿Qué pasa?

—Algo terrible acerca de Mario, señor. Ya que no puedo hablar con su padre, lo haré con usted. Será la misma... Ha perdido dinero... mucho dinero en el juego. Y como no puede pagarlo, pues ha extendido un cheque sin fondos, sus cómplices, le obligan a asaltar esta misma noche una joyería. ¡Algo horroroso, señor! Yo vengo por si puede todavía salvar a ese desgraciado.

Pudieron José: —

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿A qué cosas conduce la falta de bien!

Departieron largamente sobre el trágico encargo confiado a Mario. Había que evitar, fuese como fuese, la consumación de este acto indigno. El honor de los Ledesma en entredicho, la dignidad y la buena reputación de la familia desaparecidas, el escándalo iluminándolo todo con sus leiras de fuego, tales serían las consecuen-

cias de la ligereza a que la frívola conducta de Mario iba a llevar a todos.

¡Oh, había sido realmente providencial que fuera él, José, y no su padre adoptivo quien hubiese recibido el recado de Chupas! Era preciso que no llegase a oídos de los Ledesma el doloroso episodio que amargaría de por siempre sus vidas, manchándolas con la sombra inborrable del deshonor.

Había que impedirlo a toda costa. Revivía en José el hombre decidido, enérgico, sin temor ante el peligro. Salvaría a Mario arrancándole de las propias garras del crimen.

Chupas le aseguró que tal vez a aquella misma hora, Mario había realizado ya su pumible hecho.

Recordó José que su hermano había salido poco antes y que le había llamado la atención el sigilo y recato de su marcha.

¿Sería irremediable su acción? Despidiéndose de Chupas, subió a su automóvil, y se dirigió hacia la dirección del gran almacén señalado para la consecución del delito.

Aquel establecimiento era uno de los principales de la gran ciudad. A José le palpitaba el corazón. El mundo parecía caerle encima. Acaso en aquel momento, su hermano adoptivo, el hijo de una familia honrada, que había rendido siempre al honor la lealtad de un máximo culto, estaba cometiendo un robo. ¿Si llegara a tiempo para impedirlo!

La calle estaba desierta; reinaba una oscuridad densa, absoluta.

Abandonó el coche cerca de la tienda. Avanzó lentamente. Se aseguró de que nadie le vea. Empujó la puerta y vió que sólo estaba entornada. Le palpitó el corazón.

Sin duda Mario estaba dentro.

Dominándose, con un fuerte impulso de su voluntad, avanzó por el interior de la tienda, guiándose por el tenue resplandor de una velada luz eléctrica.

Creyó sentir la sensación de alguien que se movía entre sombras y llamó con voz débil:

—¡Mario! ¡Mario!

Otra voz, la de su hermano, respondió:

—¿Quién me llama?

—Mario!

Proyectó la lamparilla eléctrica hacia Mario y distinguió el rostro lívido y desencujado de éste, y sus manos que recogían ya un paquete de joyas.

—¡Desgraciado! — murmuró José.

—¿Qué haces tú aquí? — dijo el culpable.

—Lo sé todo. Deja ésto y sal inmediatamente. No te comprometas más.

Excitado por la codicia de las joyas y por el ansia de acallar las iras de Martín, contestó:

—No te metas en lo que no te importa... Deja este asunto para mí.

No, no... Sería la deshonra para nuestros padres, la vergüenza que caería sobre unos pobres viejos, merecedores de una ancianidad respetable. ¿Te has olvidado de ellos, Mario? Deja estas joyas y vámonos antes que todo es-

to se descubra. Deja ese paquete.

No.

—¡Dame.

Lo cogió bruscamente. Las joyas cayeron al suelo, y los dos hombres se enzarzaron en una pelea ruda, tirando a tierra unas sillas en los bruscos movimientos de la riña.

El rumor de la pelea llamó la atención del vigilante de noche que se encontraba en el entresuelo. Provisio de una linterna y de un arma de fuego huyó precipitadamente hacia la tienda, seguro de que habían entrado ladrones.

En efecto, vió unas balas que se movían abajo y disparó sobre ellos, una y otra vez, a tiempo que daba grandes gritos de alarma.

Todo fué instantáneo. Los dos hermanos, sorprendidos en la disputa, optaron por escapar. Mario, aterrorizado, fue el primero en huir, saltando por una ventana y perdiéndose en las negruras de la noche.

Una de las balas había herido a José en un brazo, pero sin perder la serenidad, esquivando la luz del guardián, salió de la tienda y subiendo al automóvil, aceleró rápidamente y partió como una exhalación, torpemente conducido el volante por su mano dolorida.

El vigilante, salió a la calle, y pudo, al enfocar la luz, distinguir el número del coche.

Acudió la policía, atraída por los disparos y las voces de auxilio, y enterada del dato importante del número del coche, dió orden de localizar éste inmediatamente.

José, apenas podía guiar el ve-

VIVIRÉ OTRA VEZ

biciclo. El brazo se le inmovilizaba, se le desgarraba, roto por el disparo. Avanzaba velozmente, pero sin su seguridad habitual.

Sintió de pronto, la sensación de que le perseguían unos motociclistas. Sin duda lo tomaban por ladrón y asaltante de la joyería.

Acceleró más y más con tal velocidad de vértigo que en un rápido viraje, vino a chocar contra la pared de una casa.

Saltó precipitadamente y huyó, mientras momentos después, dos

motociclistas examinaban el coche, comprobando en seguida la personalidad de su propietario.

José echó a correr y a poco entró en su casa, con sigilo, yendo a su habitación y dejándose caer en la cama, aturdido por las más hondas emociones.

El brazo le dolía, lo vendó con un pañuelo, y quedó sumido en un estado de extraña inconsciencia, pareciendo que bailaban en su imaginación muchas cosas, en una rara confusión de emociones...

...

Minutos más tarde, dos agentes de policía llamaban a la casa de los señores de Ledesma.

Justo abrió la puerta y le extrañó la presencia de aquellos dos desconocidos, de ademán severo, que le preguntaban:

—¿José Ledesma?

—Aquí es... Pero a estas horas...

—Tenemos orden de detención contra el Señor policía.

Y mostraron la placa de identidad oficial, bajo la solapa de sus chaquetas.

Justo abrió unos ojos tamaños.

—Bien... bien... Voy a avisar al señor.

Con los agentes venía el guardián de la joyería, excitado aun por los disparos y que aseguraba había herido al ladrón.

¡Ah, dolorosos momentos los que se vivieron en aquella casa de los Ledesma, donde jamás la justicia había tenido que intervenir!

Los señores Ledesma se encontraban serenos, convencidos de que allí había un error lamenta-

ble. ¡Acusar a José de ladrón de una joyería, a José, un caballero, un hombre de intachable honradez!... ¡Qué absurdo y lamentable! Pero, ¿cómo se turbaba así la paz de una familia honrada?

Convulsito había acudido también a la llamada intempestiva de media noche. Unas ansias enormes de llorar la ahogaban, viendo a José objeto de una acusación a todas luces injusta.

Pero a poco apareció José, recobrada la serenidad y con un brazo vendado.

Aquel detalle preocupó a todos, y el vigilante le acusó con energía:

—Es sin duda el ladrón. Dispara contra él. Está herido. Vean su brazo.

—José — dijo el señor Ledesma, aterrado —. Aquí se ha producido algo horrible, que me espanta. Haz el favor de defenderte contra esta acusación intolerable.

—Habla, hijo mío — rogó la madre.

—José, justificate — le dijo

VIVIRÉ OTRA VEZ

Consuelo — ¿Quién te quería tanto mal?

Pero José guardó un silencio firme, inquebrantable. Acababa de tomar el propósito absoluto, definitivo, de no descubrir la verdad, puesto que ello significaría acustar a su hermano, entregarlo a la ley, dar aquel disgusto mortal a los señores de Ledesma, los verdaderos padres del muchacho.

Cullario con un sacrificio heróico, que no le importaba, devolviendo de tal forma el bien que siempre le habían hecho... Pero no acusaría a Mario, si es que Mario, voluntariamente, no confesaba su culpabilidad.

— Por favor, José, defiéndete... Habla... ¿No ves cómo te están acusando?

— Sólo tengo que decir una cosa — respondió con serenidad — Soy inocente.

— Pero el brazo herido...

— No me preguntes más... Soy inocente.

Ledesma se precia de conocer bien a los hombres. Era imposible que aquel joven, tan noble en todos sus actos, tan caballero, tan feliz ahora en que iba a casarse pronto, hubiera descendido a realizar un robo. No era verosímil, sino irreal y absurda la suposición. Había algo más importante; su silencio obedecía a un móvil superior, que no adivinaba pero que quería saber.

Ni por un momento pensó, lleno de amor paternal, que José estuviera protegiendo a Mario. Sabía que éste era una bala perdida, pero ni en sueños hubiese podido

considerarle capaz de un hecho tan grave.

— Les ruego que me dejen un momento a solas con él...

La policía accedió. A pesar de las apariencias que acusaban a José, en su fino instinto de sabuesos, les parecía que la pista estaba equivocada. Aquel hombre que expellía nobleza, generosidad, brillo de honradez, no podía ser el responsable.

Se dirigieron don Luciano y José a la habitación contigua. María y Consuelito envolvieron al inculpado en una mirada de amor y de tierna confianza y protección. José correspondió con una sonrisa triste de agradecimiento. ¿Crecían en él?

A solas los dos hombres, Ledesma interrogó con avidez a aquel joven que jamás le había dado un disgusto.

— Precisa que seas franco conmigo. Estoy seguro de que eres inocente y de que encubres a alguien.

— Te equivocas, papá.

— Pues, habla, explícame el por qué de la herida, el por qué tu automóvil está medio estrellado, de dónde huías con él... Habla para que despertemos todos de esta pesadilla.

— No puedo, papá.

El padre se enfureció.

— Entonces... si no encubres a nadie, es que a pesar de tus protestas de inocencia, eres culpable de lo que te acusan.

José calló... No quería defenderse, aceptaba con resignación su destino, no queriendo comprometer

ter a Mario, con una abnegación fraternal maravillosa.

Ignoraba dónde se encontraba Mario, pero él no hablaría una sola palabra que pudiera significar la menor acusación contra el hijo de Ledesma.

Entonces, ¿no quieres defenderte? ¿Así pagas mis desvelos, mis cuidados? Parece mentira!

— ¡Padre!

Y esta palabra tembló casi entre sollozos.

— No me llames padre — protestó airado don Luciano, creyendo en la responsabilidad de José.

— Hace veinte años albergué en mi casa a un niño del arroyo. Lo recibí con los brazos abiertos... Lo eduqué y atendí como un hijo más, como otro de mis hijos... No supe aprovechar mis cuidados. No eres digno de llevar mi nombre... Eres un intruso, nada más que esto, un miserable en quien han despertado los instintos acaso turbios de su origen. ¡Bien me está por haberme desvalido así!

— Padre, eres injusto. Acuso algún día te des cuenta...

— ¡Calla... calla!... Desfíudete, desdichado... ¿Quién te hirió? ¿Por qué estuviéste en la joyería?

Otra vez el silencio, el punto muerto ante el que todo se estrechaba.

— ¡Es desesperante! ¡Intolerable! ¡El ludibrio sobre nuestra familia!

Volvió al salón donde esperaban todos los demás, ávidos de

conocer el resultado de la entrevista.

Es imposible hacerle hablar. — sollozó —. ¿Cómo ha caído tanta desgracia sobre nosotros?

Consuelo se acercó a José dolorida pero llena de confianza en él.

Confíeseme lo ocurrido, José. ¿A quién proteges? ¿Tú te sacrificas por alguien? ¡Por favor, habla!

Le lanzó una mirada de ternura, de bondad. ¡Pobre muchacha! Pasó por su imaginación el recuerdo de la vida vivida juntos, en eterna armonía y paz... Y ahora...

— No me preguntes nada, Consuelo — contestó —. No puedo hablar.

— Bien, no perdamos tiempo — dijo uno de los agentes —. En marcha!

Salió José lentamente, los ojos bajos, presa de honda inquietud, temeroso de contemplar la faz dolorida de sus padres adoptivos, de aquella hermanita buena que siempre había creído en él.

Cuando salió, entre las lágrimas de todos, se oyó la voz de Consuelito, rota por el llanto y con acentos enérgicos:

— ¡Que Dios no me permita caminar, si José es culpable!... Aquí hay algo terrible, misterioso, pero José es inocente... ¡es inocente!

Y se echó desesperadamente a llorar, rota de emoción y de tristeza.



Arrostraba su tristeza por el pulso...

Antonio Europa



Se había celebrado una pequeña reunión...

Caulot no 18 - Bar
Barcelona



La presencia de Esperanza le turbaba.



Nunca se realizaban sus sueños.



—Todo lo mereces... Y no puedo darte apenas nada...

Antonio Gurruga Vela
Gaulat - 18 - Bar - Barcelona



—¿Tú crees que José me quiere?

Cincores Harvey Millonario
Mickey Rooney, 35, Lewis Stone y Cecilia
Parker.



—Has pretendido engañarme, burlarte de mí...



—¡No, esto no! ¡Cualquier cosa menos esto!



—Si me despierto, me lleva hasta las nuellas de oro



—Deberías hacer algo para excitarlo



—Lo sé todo. Deja esto y así inmediatamente...



—Estoy seguro de que eres inocente...



— ¿Cómo era la madre de José? Jamás he oído
hablar de ella.



— ¡Es increíble!... ¡Es espantoso!... ¡Mario!... ¡María!



—Me encuentro mejor... mucho mejor... con ansias de vivir...
de andar... de volar...



Voluerian a vivir también... Una vida fecunda, suave, alegre,
bajo la dulce bendición de Dios

VIVIRE OTRA VEZ

Antonio

Antonio Quirós

Antonio Quirós

La policía le interrogó largamente, sin que a pesar de ello, se consiguiera arrancarle una declaración que hiciese menos nebulosa su situación dramática.

Pero como todas las pruebas le acusaban, el juez, después de un largo interrogatorio, dictó auto de procesamiento contra José Ledesma, y aquella noche los periódicos publicaron fotografías del acusado y sabrosos comentarios sobre los móviles incomprensibles del delito.

Margot, la desgraciada madre de José, al leer aquella noche la prensa, se enteró de que su hijo, el muchacho triunfador, al que de lejos había seguido todos sus pasos con una alegría íntima de verle vencer y ganar posiciones en la vida, estaba acusado de un vulgar robo de joyas.

Lloró amargamente y era lamentable su llanto entre la pintura extremada del rostro que pretendía horror — alegría del café — el paso doloroso e inevitable de los años.

Su José, su hijo recatado y bue-

no, su hijo que nunca había conocido el mal! ¿Cómo era posible que de pronto, de buenas a primeras hubiese caído en una tentación infame?

Pasó el resto de la noche sin conciliar el sueño, llena de pesadumbre, sintiendo que despertaban en su alma todos los amores de madre, apagados acaso durante las épocas de esplendor del hijo. Pero ahora, al ver a este desgraciado, y preso, el amor despertaba con el instinto eterno de toda maternidad.

Y fué a la otra mañana a la prisión del Estado y habló con el director, interesándose largamente por aquel muchacho que era sin duda víctima de alguna espantosa maquinación.

Desaba ayudarle, protegerle en lo que fuera.

—¿Es usted pariente suya? — le dijo el director.

—No. Amiga de sus familiares, nada más... Conozco a José y le sé incapaz de un delito así.

—¿Quiere usted verle?

Vaciló Margot. Su corazón se le

iba hacia él, pero consideró en seguida que era preferible permanecer entre sombras, sin avergonzarse a José con la conducta poco edificante de su verdadera madre. Y movió la cabeza negativamente.

—No. Será mejor que no le vea. No debe saber quién soy.

Pasaron algunos días, sin que las cosas se aclararan. En casa de los Ledesma reinaba una tristeza inmensa como un duelo muy caro al corazón. A veces creían soñar. No era posible que aquel José, modelo de lealtades, hubiese delinquido así.

Consuelito enflaquecía y casi sin ánimos para sentarse en el sillón, permanecía largas horas en la cama, con los ojos cerrados y el alma bañada en melancólicos recuerdos.

Su corazón estaba roto por un golpe doble. El desencanto que la renunciación al amor le había causado y el hundimiento de José en aquellas lobrequeces del delito en constante contradicción contra una vida modelo y de bondad.

Mario andaba febril, casi nunca en casa, atormentándole la conciencia por el sacrificio de su hermano adoptivo, pero sin arrebatos suficientes para proclamar ante el mundo su culpabilidad.

Y José, encerrado en su celda, se obstinaba en la negativa rotunda, absoluta a toda aclaración de lo ocurrido. Aunque ello significaba momentáneamente su descrédito, callaba con abnegación fraternal, para no hacer daño a Mario y quizás, por encima de to-

do, para evitar a los Ledesma el disgusto de que el hijo de su propia sangre y de su propia vida hubiese derivado en ladrón.

Por muy dolorosa que les fuera la situación de José, comprendían que mayor pena iba a causarles el reconocimiento de la culpabilidad de Mario. Al fin y al cabo, José era el hijo adoptivo, el hijo del arroyo, como en un arranque de indignación le había dicho el señor Ledesma, pero Mario era el propio heredero, la misma sangre, el propio río familiar transmutándose de generación en generación, el tesoro de su nombre y de sus virtudes. ¿Cómo romper con su confesión la cadena de oro de una familia honrada!

Sólo un gran dolor atenazaba su corazón. Su separación de Esperanza. Pocas semanas habían llevado de noviazgo, y estos ensueños se rompían de pronto al golpe brusco de un sino fatal y doloroso. ¿Cómo reaccionaría la novia ante la acusación de que él era objeto? ¿Tendría fe en su inocencia? ¿Le esperaría? ¿Mantendría la lealtad de su nombre o se sentiría separada de él, de una manera instintiva, que le alejaba del que estaba fuera de la ordenada sociedad?

Don Julián, el padre de Esperanza, estuvo a visitarle una mañana en la celda.

Los dos hombres se miraron con emoción, observando las reacciones de su actitud.

El preguntó ansiosamente por Esperanza, desilusionado en el

fondo, de que no hubiese venido a consolarle.

—Esperanza ha sufrido mucho, mucho... Con lo sucedido, ha padecido su condición moral, y así no se mueve de casa — explicó el visitante.

José leguó la cabeza, una cabeza que el dolor afinaba manteniendo la nobleza de los rasgos.

—Don Julián, yo no soy culpable.

—Pues entonces, ¿a quién proteges con tu silencio? ¿Sacrificas a Esperanza, a tus padres, por esa persona misteriosa a la que no quieres amar? Esto no está bien. Sí, como dices, quieres a Esperanza, debes hablar ahora mismo, ahora mismo... y confesar de una vez.

Pero la cabeza se leguó en rotundo gesto.

—¡No! ¡Imposible!

—Esperanza no debe sufrir las consecuencias del lio en que te has metido. Ella iba a casarse con un muchacho digno, no con una persona, que por misteriosos designios, se encuentra en la cárcel, a las resultas de un proceso escandaloso.

¡Esperanza! ¡Qué daño le hacían aquellas palabras! Había estado seguro de que su novia creía en él, con esa fe ciega del amor que hace un ídolo del objeto de la existencia.

—Quiero decir la verdad, José. Esperanza no quiere venir. Se marcha lejos para olvidar. No la culpes. ¿Qué diría la gente si vi-

niera aquí? No. Tengo un encargo doloroso que he de cumplir a pesar de todo. Esperanza rompe su compromiso y se marcha lejos en busca de una resignación difícil.

—Don Julián... No puede ser... No es posible...

A punto estuvo en un arranque de amor, de confesarlo todo, de proclamar su inocencia y señalar al verdadero culpable, que callaba en la impunidad. Pero... la gratitud hacia los Ledesma se lo impedía. ¡Callar, era necesario el deber heroico del silencio!

Don Julián le tendió la mano, con frialdad.

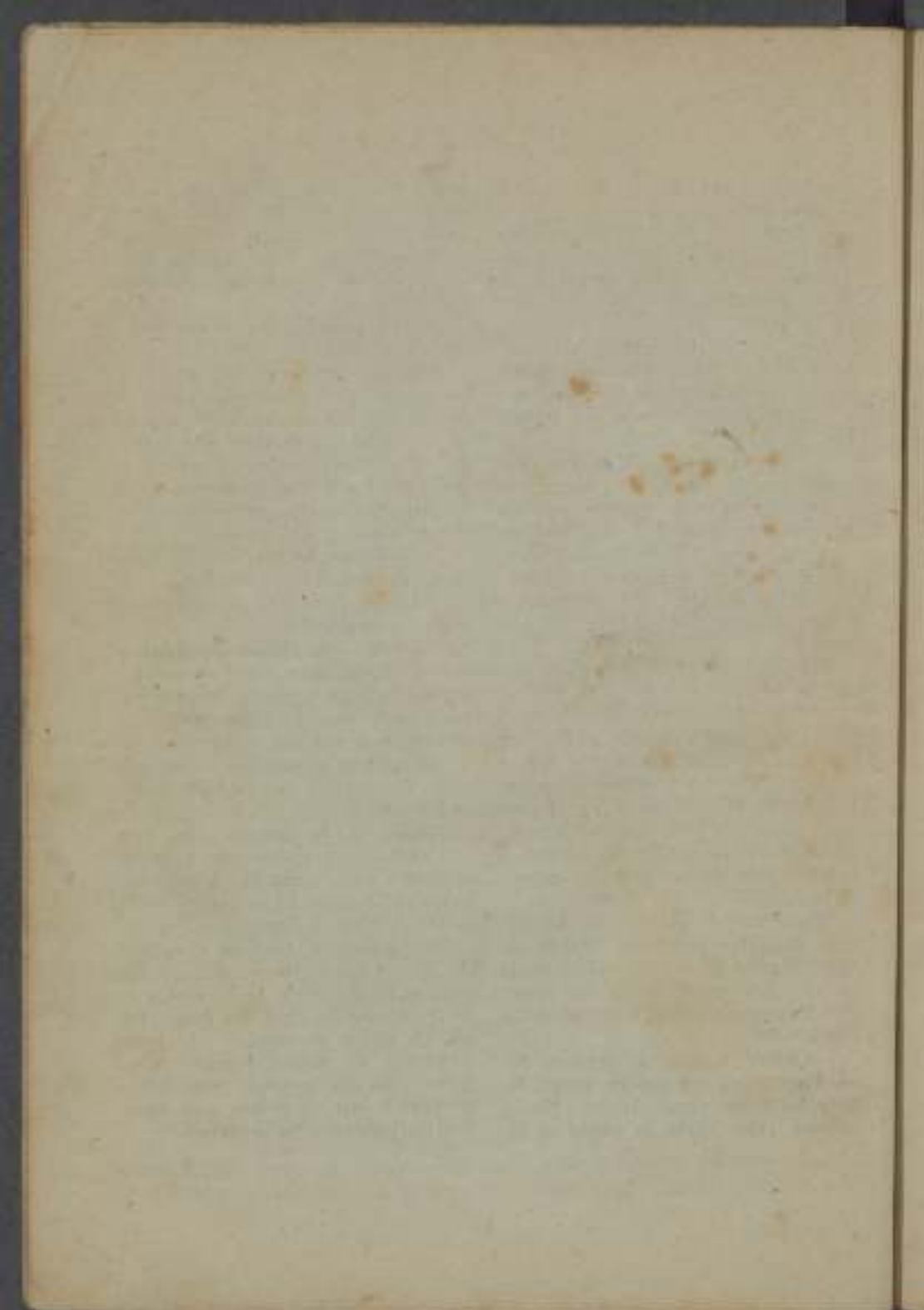
—Adiós, José. Quiera Dios que acabe todo bien.

—¡Adiós, don Julián. Y dígame a usted a Esperanza que hoy no puedo hablar, que algo me impide hablar, pero que no tiene que avergonzarse de mí, pues soy inocente.

—Confiesa entonces... No seas niño. No sacrifiques tu vida de esta forma.

—¡No! Me he jurado a mí mismo callar... y ya no me importa ninguna consecuencia. A este deber del silencio lo sacrifico todo: hasta perder a Esperanza.

Don Julián se marchó disgustado. En el fondo de su alma participaba también de la erencia en la irresponsabilidad de José. Pero, ¿a quién encubría? ¿A quién defendía de aquel modo? Sombras, silencio, negror, respondían a estas interrogaciones que dictaban la piedad y la amistad.



VIVIRÉ OTRA VEZ

...

Margot se había propuesto aclarar el asunto en que estaba inculcado su hijo. La fina voz del espíritu le aseguraba que no podía cambiar así como así, en un momento dado, aquel José, cuya vida estaba llena de resplandores.

La prensa comentaba el suceso y el silencio obstinado de José que nadie acertaba a discernir, pero que sin duda encerraba algún secreto de importancia.

Y con aquella tranquilidad de que siempre había hecho gala, se dispuso, por primera vez, después de tantos años, a llamar a casa de los Ledesma.

Justo, que acababa de beber unos tragos de aquel coñac Napoleón que le tenía casi enloquecido, franqueó la puerta y frunció el ceño al ver el aire poco señorial de aquella cantadora de ínfima categoría.

—¿Qué desea usted? Sin duda se equivoca.

—¿Esta es la casa de los señores Ledesma, no?

—Lo es, pero...

—Entonces desee hablar con la señora.

—Ha salido.

—Pues con el señor.

—El señor no recibe visita...

—Con quien sea, pero necesito hablar.

—¿Qué ocurre?

—Con usted nada tengo que ver. Usted es el criado...

—¿Cómo el criado? — protestó con grandes muestras de indignación. — Soy el mayordomo, que es muy distinto.

—Pues ni con el mayordomo hablo yo. ¿Se entera? A ver, déjeme entrar.

Y empujándolo rudamente, se coló con tranquilidad por el espacioso vestíbulo, seguida de Justo que protestaba contra el atrevimiento de la intrusa.

—¡Salga usted de aquí!

—De ningún modo.

—Salga usted de aquí... o me verá en la precisión de emplear la violencia.

—¡Pruébele usted!

—Señora...

Consuelito, que aquel día, encontrándose algo mejor, se había levantado y que pasaba a la sazón por la alta galería del primer piso, se enteró de la discusión, e indagó:

—¿Qué pasa?

Los dos levantaron la cabeza.

—Esta mujer, que se ha empeñado en hablar con los señores...

Consuelo lanzó una honda mirada a aquella desconocida, sin juventud a pesar del cuidado del rostro, y que vestía de un modo chillón, pero sencillo, con ropas que conocían el aire de varias temporadas.

—¿Qué desea usted, señora?

—la interrogó, con aquella dulzura de voz, que era una invitación y una caricia.

—Se trata de José.

Una oleada de emoción coloreó las mejillas de Consuelo. ¡José! ¡El eterno, el afecto imborrable de ella, clavado allá dentro con las hondas raíces de todo primer amor!

—¡Suba usted!

Justo se alejó refunfuñando y Margot avanzó por la escalera, con aire de triunfo.

—¿Con quién tengo el gusto de hablar? —preguntó, ante la inválida.

—Consuelo Ledesma.

—¡Ah!

—Y usted, ¿quién es?

—Yo... yo soy... una amiga... de la madre de José...

—¡Siéntese, siéntese!

Todo cuanto se relacionase con

José le interesaba; quizá podría surgir el rayo de salvación que iluminara aquel gris de sombras con que todo parecía envolverle.

—José no es culpable — dijo Consuelito —. Hay algo que me dice que no lo es. Yo, que he convivido con él siempre, puedo asegurárselo.

—Soy de su opinión, señorita. Tengo de José las mejores referencias, y estoy convencida igualmente de su inocencia.

—Gracias, señora... Pero...

Y sus manos blancas acariciaron las de la desconocida.

—¿Cómo era la madre de José? Jamás he oído hablar de ella. ¿Me hubiera interesado tanto conocerla?

Margot bajo los ojos: ¡Dolor de no poder confesar nunca la verdad, de callar siempre, de negar el derecho a la maternidad verdadera y gloriosa!

Habló, al fin, con un leve temblor al retratar a la madre de José.

Era una mujer sencilla, pero llena de ilusión, de bondad... Yo conocí su alma... Engañada, tuvo que abandonar a su hijo... Y lo dejó en poder de los señores de Ledesma, tan admirables en todo. Recordando a su madre, yo he venido aquí, para buscar entre las dos la forma de ayudarle. Estoy segura de que es inocente. Habríamos de amar nuestros esfuerzos para poder proclamar la verdad.

—Sí... Sí... José es víctima de alguna maquinación extraña.

Los señores de Ledesma, desde el salón, vieron a su hija en con-

VIVIRÉ OTRA VEZ

pañita de aquella desconocida, y subieron a enterarse de quién era la visitante.

—Es... una nueva amiga — dijo Consuelita, con emoción —. Conoció a la madre de José... y, al igual que yo, está segura de la inocencia de éste... ¡Pobre José, hermano bueno!

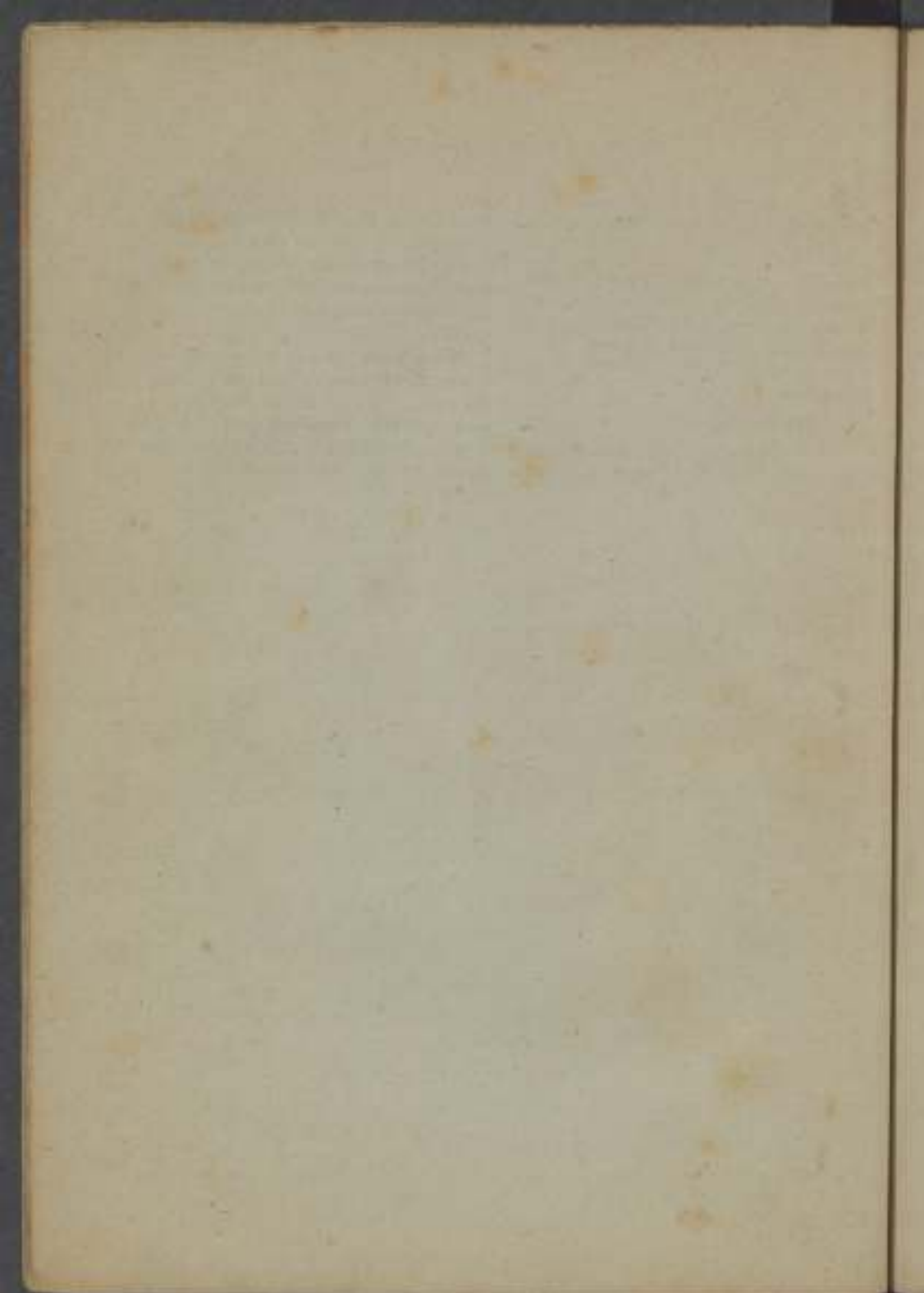
—¡Hijita!

La emoción de aquellos recuerdos quebraron sus últimas ener-

gías y se desvaneció suavemente, como una flor que dobla el tallo a la última caricia del sol.

La llevaron al lecho, avisando inmediatamente al médico, pues parecía poco tranquilizador su estado.

Margot se despidió, prometiéndose mentalmente volver a aquella casa, y los Ledesma la despidieron con afectuosidad, pero sin poder interrogarla, ante el desvanecimiento de Consuelito.



Varios días duró aquella crisis de sopor, de abatimiento, pero poco a poco su juventud reaccionó y un ansia de lucha para defender a José la hicieron volver a la vida.

El doctor Guzmán mostró su satisfacción por los resultados obtenidos.

—Creo que hemos triunfado —dijo a los padres—. Todo depende ahora de la fortaleza de su corazón. Pero nada de impresiones. Una emoción fuerte podría serle fatal.

Salió muy satisfecho. Don Luciano parecía más tranquilo. La idea de que, a la desgracia de José pudiera añadirse la pérdida de aquella hija tan amada, le enloquecía.

Llevaba varias semanas inquieto, trastornado. A pesar de la evidencia, algo le hacía dudar en la responsabilidad de José, pero ni por un momento acertaba a pensar que fuese Mario el responsable del drama. Mario se mantenía en una actitud callada, sin osar

hablar de aquel asunto, remordándole la conciencia, pero guardándole un silencio que sus particulares conveniencias le exigían.

El señor Ledesma descubrió a Justo apurando por enésima vez la botella de coñac, siempre repuesta, y tuvo que contenerse para no echar de allí a empujones a aquel perillán de siete suelas.

La presencia de una mujer, cuya puerta le había franqueado la doncella, le hizo callar.

—¿Quién es esa señora? —preguntó, al ver que avanzaba tranquilamente hacia la escalera interior.

—Es la nueva amiga de la señorita Consuelo —explicó Justo.

—No la puede recibir...

Pero luego, recordando cuán grata le era la presencia de aquella mujer, aceptó.

—Bueno, que entre, pero por muy poco tiempo...

Prodigó Margot a la enfermita todas las ternuras de su alma, que, ávida de amor, no había podido

nunca demostrarlo, quedando en su corazón el dulce tesoro de los afectos espirituales, caros y eternos.

Su vida era aparente en todo, ficción en todo; trataba con gentes a las que no podía profesar afecto alguno; carecía de toda verdadera correspondencia de cariño desinteresado, y ahora la dulce presencia de esa muchachita la convencía de veras.

Hablaban del ausente, de José, encerrado entre los barrotes de una celda, del misterio que rodeaba esta actitud llena de sacrificio.

Y Consuelo hablaba con tal vehemencia, con tal color del hermano adoptivo, que Margot sospechó al punto que algo más que una simple demostración fraterna había ligado a ambos jóvenes. Y sintió por la inválida una ternura mayor, como algo propio y ya en el terreno familiar.

—Usted le ama, Consuelo. ¿No es verdad?

Sonrió la jovencita.

—Como a un hermano.

—No, no me engañe. Usted le quiere como una mujer...

—¿Señora!

Bajó los ojos y una sonrisa se dibujó en sus labios sin color.

La presencia de los Ledesma y de una señorita terminó el diálogo, y Margot se despidió de la enferma, prometiendo volver otro día.

La señorita —era Esperanza— tendió la mano a Consuelo, que no guardaba rencor ni celos a esta afortunada que se había llevado las preferencias de José.

La primera pregunta de Con-

suelo fue para enterarse de José, convencida de que Esperanza seguiría manteniendo su relación con el desgraciado muchacho.

Margot se entretenía en el pasillo contiguo, calzándose los guantes, pero atenta, en realidad, al diálogo.

—¿Qué sabes de José? —le preguntaba, con la ansiedad que constituía su vida toda.

Las palabras de Esperanza fueron terminantes, demostrativas de la total ruptura entre los dos.

—Nada... Después de lo que ha ocurrido, comprenderás que...

—Sí, ya comprendo, ya... Que no hay nada entre vosotros dos...

—Le he devuelto mi palabra. Mucho lo he sentido, pero, lo que ha hecho José es imperdonable...

—¿Y si es inocente?

—¿Por qué no lo demuestra?

—Acaso no puede.

—¡Bah!

Consuelito sentía, en medio de la general amargura de todas aquellas últimas semanas, una alegría viva por primera vez, al conocer la ruptura de los novios.

Oh, Esperanza nunca había querido de veras a José! Habría aído un afecto superficial, que se engañaba a sí mismo, pero que en la hora de la verdad, en la hora de demostrar que el amor es sacrificio y desinterés, no aparecía por ninguna parte.

¡No creer en José! Ello demostraba que no le conocía lo suficiente, que no había ahondado en su alma. Consuelito creía en él, estaba segura de que un día u otro se demostraría la verdad, que, ahora,

VIVIRÉ OTRA VEZ

una serie de extrañas circunstancias, la impedir. ¡Ah, ella no abandonaría nunca a José!

La entrevista se deslizó fríamente y fué breve. Esperanza se sentía algo violenta, después del anuncio de su ruptura.

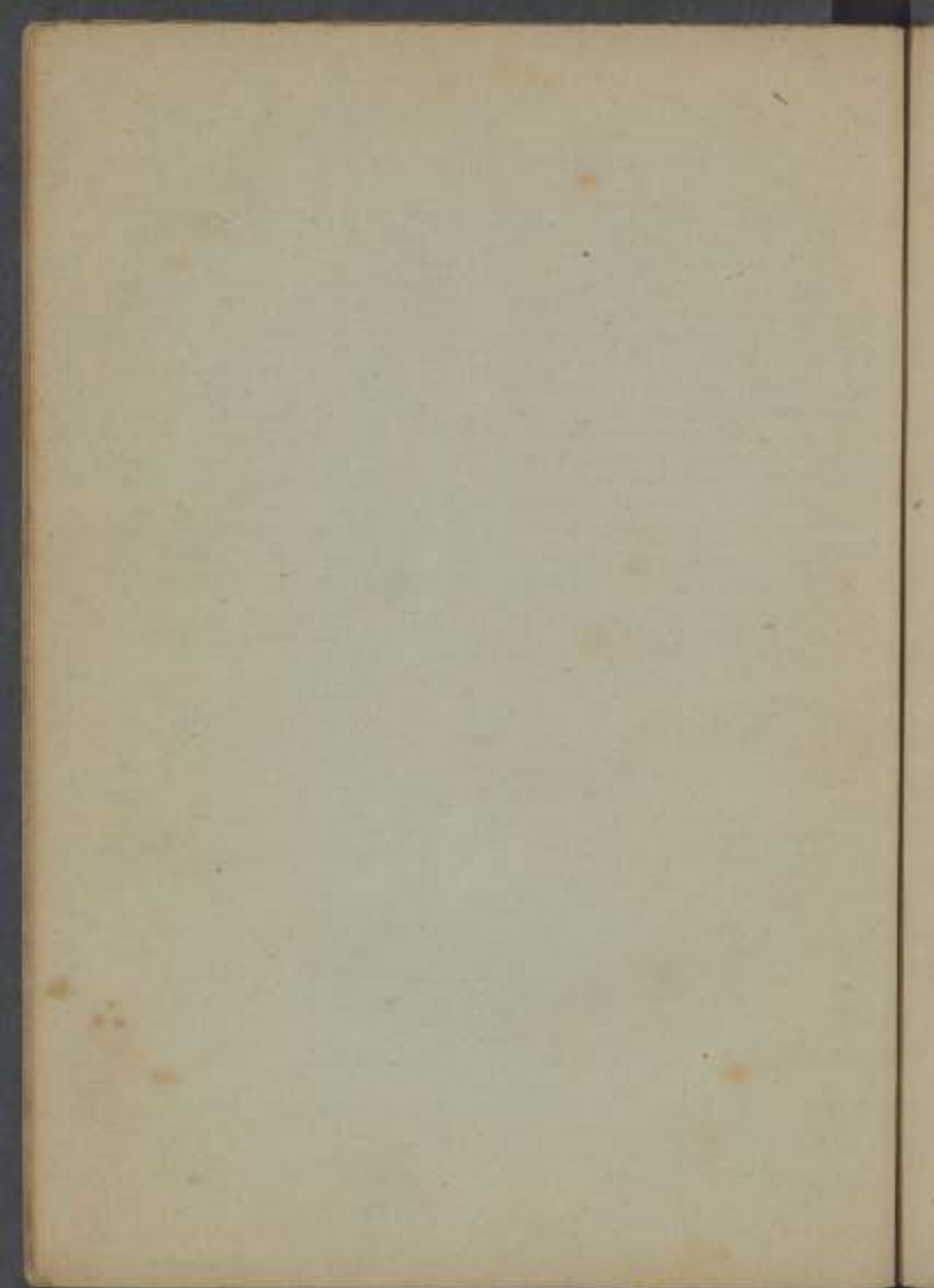
Sí, había querido a José, a su manera, pero ahora la conducta del joven había enfriado su amor hasta el extremo de quebrarlo. No podía ser la novia de un hombre objeto de tal acusación y que no sabía defenderse contra ella.

Todo le violentaba en casa de los Ledesma y prefirió marchar, espaciar más y más las visitas y

alejarse una temporada de la ciudad para olvidar aquel episodio doloroso.

Margot había escuchado las primeras palabras de ruptura. ¡Pobre José! Sólo Consuelito le quería, Consuelito que le amaba de veras, en contraste con la muchacha frívola y moderna que a los contratiempos de la vida oponía el sistema de la renunciación.

Marchó Margot con una idea clavada en el cerebro: la de ver a su hijo, la de contarle cómo Consuelito tenía en él aquella fe ciega que sólo el amor de la madre, de la esposa o de la novia pueden dar.



...

Y, al otro día, Margot se dirigió a la cárcel a solicitar una visita de José.

Se armaría de valor, vería por primera vez frente a frente al hijo que el destino le había arrebatado.

Concedida la autorización para la visita, uno de los vigilantes fué a avisar a José que se trasladase al locutorio.

—José Ledesma, tiene usted visita. Una señora pregunta por usted.

—¿Por mí? Debe estar equivocada —contestó el preso, que estaba convencido de que ni una sola mujer podría visitarle en la cárcel.

La señora Ledesma no iba, por conveniencias sociales; Espanza había roto con él y la celda ahora lejos; Consuelito, la única criatura que quizá le hubiese venido a ver, estaba enferma, sin valerse por sí misma.

Ya en el locutorio, vió detrás de unas rejas, a una señora desconocida, de buen parecer, de media-

na edad, pero todavía conservada.

Se miraron fijamente; ella, con una mirada de ternura casi velada por las lágrimas. Era su hijo, el hijo separado de su lado para siempre, el hijo recordado toda la vida, viéndole con satisfacción elevarse por su inteligencia y laboriosidad. Mientras fué poderoso y le sonrió la fortuna como a un niño mimado, no se quiso acercar a él, pero ahora que estaba sometido al ariete de una acusación espantosa, quería verle, y aunque conservando el incógnito, deseaba hablarle y prodigarle los consuelos de un alma bañada en el amor maternal.

José la contempló con curiosidad, y, sin saber por qué, la mirada de aquellos ojos le recordó algo vago, en sombras, dormido en la imaginación de los días infantiles.

—¿José!

Y sus manos, a través de la reja, acariciaron las de su hijo.

—Señora, ¿quién es usted? La conozco y no atino... Yo he visto

sus ojos en alguna parte... No sé dónde... Hace tiempo...

—No... no nos habíamos visto nunca. Vengo a visitarle a usted de parte de mi amiga Consuelo.

—¡Consuelito! —suspiró, recordando las tiernas solicitudes de la inválida—. Es la única persona que me quiere.

—Le quiere mucho!

—Sí... sí... A mi madre no la conocí... Me abandonó en un portal... Nunca supe de las caricias maternas verdaderas...

Aquel reproche hirió la sensibilidad de Margot.

—¡Pobre mujer! ¿Quién sabe por qué le abandonó a usted? El mundo es malo, cruel. Yo creo que no merece sus acusaciones.

—Si no la acuso... si no sé nada de ella... Me limito a exponer hechos... Pero, ¿quién es usted y por qué habla así de mi madre?

—Por nada... Pero eso no tiene importancia... Yo vengo de parte de Consuelito, para decirle que ella desearía verle a usted... ¡Está muy enferma, la pobre!

—Mi dulce hermana!

Corrigió suavemente, tiernamente.

—No... hermana, no... Su cariño no es el de una hermana... le quiere como a una mujer. Le ama a usted.

Aquella revelación sorprendió a José.

—No puede ser... No es posible.

—Se lo aseguro, José. Las mujeres no nos equivocamos en estas cosas.

—...Y Esperanza?

—Esperanza no le quiere ver...

Se lo he oído decir a ella misma... En cambio, Consuelito...

—¡Pobre Consuelo!

Se sintió enternecida y lleno de gratitud por esta pobre inválida, que le quería con todo el corazón.

Instantáneamente asoció ideas, hechos en los que no había reparado hasta entonces y que ahora se le aparecían con toda la intención con que fueran trazados.

¡Ah, ahora comprendía las lágrimas de la infeliz, cuando él le anunció que se casaba con Esperanza! Lo que al principio había atribuido a simple emoción, era la tristeza del amor roto, los celos que al no geitar, se limitaban al llanto.

—¡Pobre Consuelo! —repitió

Y curado cómo se sentía del amor de Esperanza, desde que ella le había demostrado que no creía en su inocencia, su recuerdo fué hacia Consuelo y lo idealizó con un nimbo que si no era todavía amor, era gratitud y afecto que podrían derivar en el sentimiento que mueve los mundos y las almas.

—Gracias, señora, gracias por haber traído paz a mi corazón y bondades a mi soledad... Nunca hubiese podido sospechar que Consuelito me quería de esta manera... Tragedias del destino! Ahora que lo sé, ahora es inútil.

—Nunca es tarde para querer, José. Y como usted es inocente, esta inocencia ha de resplandecer un día u otro. Hay almas que creen en usted. Yo volveré para darle noticias de Consuelo.

—Gracias, señora...

VIVIRÉ OTRA VEZ

—Margot...

—Muchas gracias.

—Veré el modo de preparar una entrevista entre ustedes... Estoy segura de que saldrá usted bien de esta prueba. ¿No quiere confiarme a mí, como a una madre, el secreto que le obliga a callar?

—No me pregunte sobre ello, señora, porque es inútil. A mi propia conciencia le he jurado el si-

lencio y no cometeré una traición.

No quiso insistir Margot. Estrechó la mano del hijo con un apretón efusivo, cordial... Los brazos se le iban a él y sentía ganas de besarle... Pero había que callar, que macerar el alma hasta la tortura.

Y marchó, llena del recuerdo de José, que parecía despojar resplandor, nobleza y bondad.

Margot aparecía pensativa. Los parroquianos del café aseguraban que debía tener algún amor oculto. De tal modo había cambiado de carácter.

Aquel día hablaba con Chupas, hombre que era de lo mejor que corría por allí. Pasó ante ellos un joven, con aire derrotado, casi tambaleándose.

—Adiós, tú... Has estado bebiendo demasiado...

Contestó con un gruñido.

—Adiós!

Le vieron desaparecer con su aire lento, inseguro, un poco consumido por las emociones y por el alcohol.

—No quisiera estar en el pellejo de ese muchacho — comentó Chupas —. Creo que sería preferible que se entregase a la policía.

—¿Quién es? — preguntó Margot con indiferencia.

—Mario Ledesma. El muchacho que robó una joyería, instigado por Martín. Lo peor es que su hermano está preso por su culpa.

Margot se había levantado, horrorizada. He aquí como el destino ponía ante ella los hilos de la misteriosa trama en la que parecía naufragar su propio hijo.

—Pero, ¿qué estás diciendo?

—Lo que oyes.

—¿Es verdad? ¿Está seguro?

—¡Claro está! ¡Si lo sabré yo que denuncié lo que iba a ocurrir a su hermano!

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

—¿Qué te pasa a ti ahora? ¿Qué tienes que ver con todo esto?

—Calla... calla... Algún día lo sabrás... Pero lo que me has dicho tiene una importancia extraordinaria, inmensa.

—¿Para ti?

—Para mí y para otro... ¡Adiós, Chupas!

Corrió a su habitación para meditar la actitud nueva que debía adoptar ante el inesperado descubrimiento que ponía a su alcance al verdadero culpable... Por fin saltaba a la luz el por qué de la actitud de José, su noble mago de

VIVIR OTRA VEZ

alnegación fraternal acusándose para que no saliera perjudicado su hermano. Pero esto no podía ser, y no sería. La ley debía recaer sobre el verdadero culpable, no sobre el espíritu que no había vacilado en el sacrificio.

Mario había llegado a su casa. Los remordimientos le atenazaban el corazón, no dejándole casi vivir.

Constantemente creía ver la figura de José en la cárcel, sufriendo por un delito que no había cometido, y esto le enloquecía, haciendo vacilar su voluntad y pretendiendo en vano acallar la voz de la conciencia, alzándose en ritmo cada vez más fuerte sobre su vida con el terrible: ¡Yo te acuso!

Temía enloquecer; en vano le pedía al licor, al alcohol, a la mezcla de los más variados brebajes, un consuelo, un alivio momentáneo a su terrible necesidad de dismulo... Pero todo parecía acusarle. Una mirada de su padre,

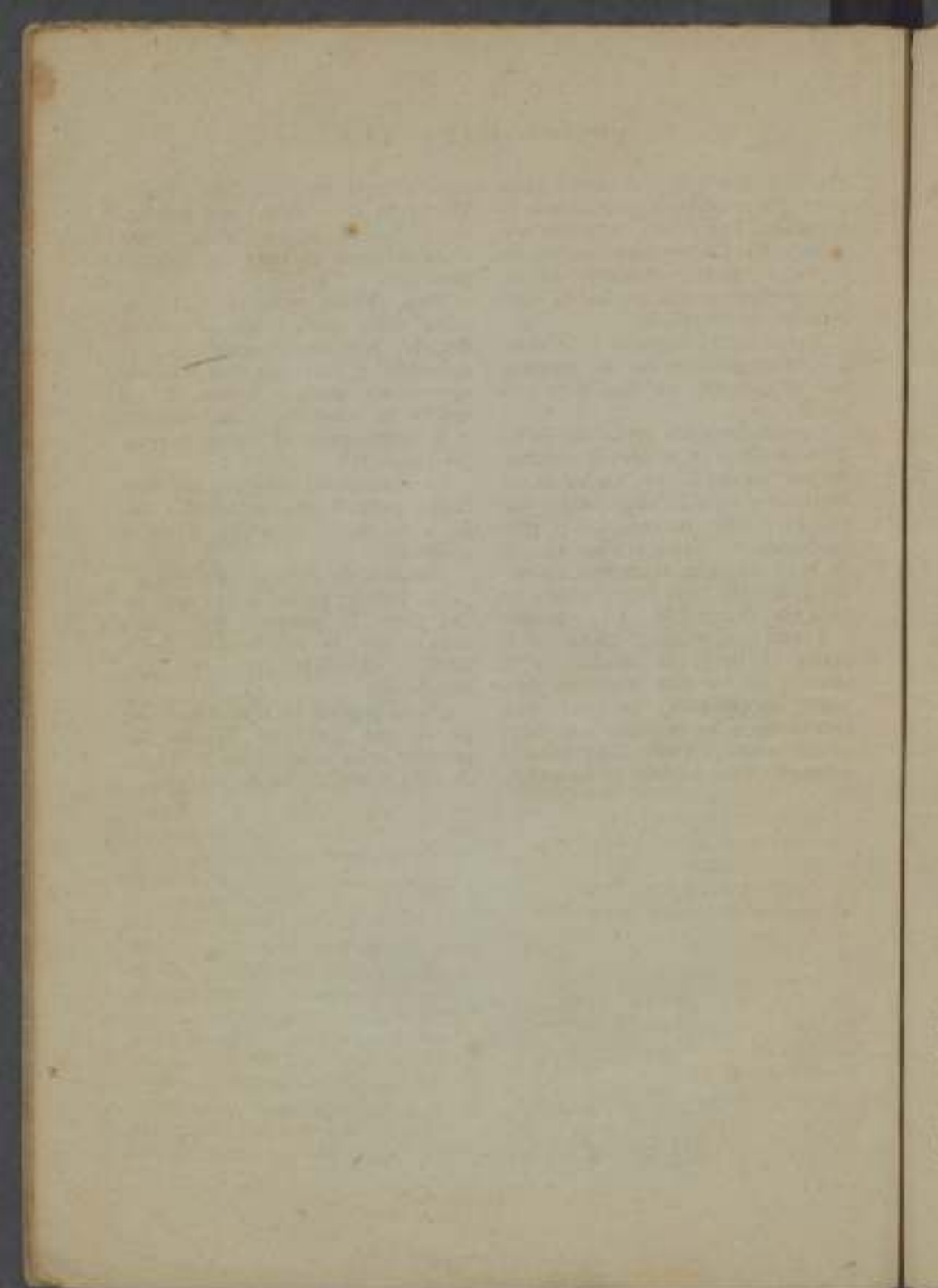
una actitud que recelaba menos afectuosa de mamá, una palabra de Consuelo, le asustaban como si le echaran en cara un indigno proceder.

Mas, ¿cómo acusarse? ¿Cómo tener valor para llegar al juez y decirle: Soy un miserable, soy culpable, y merezco una sanción severísima, porque aparte de mi delito, he tolerado la persecución y la intranquilidad de un hermano inocente?

El constante esfuerzo de dismulo, perjudicaba su salud y daba a su rostro un color lívido y malsano.

¡Noches sin dormir, días sin sosiego, pasión de las horas que todas dicen lo mismo, que todas acusan con la vehemencia de la justicia ofendida que exige una reparación!

¿Sería posible vivir mucho tiempo en esa textura? Ni una luz parecía orientarle en su triste vida rota y maltrecha de muñeco.



Mientras tanto, Margot se había dirigido otra vez a casa de los Ledesma con un ansia de saber, de buscar nuevas orientaciones que le hicieran conocer la verdad de una manera matemática.

Justo le franqueó la puerta.

—¡Hola, simpática! — le dijo con sorna.

Sin hacerle el menor caso, Margot avanzó tranquilamente, ya que por orden de Consuelo tenía siempre la entrada libre.

Subió la escalera que conducía a las habitaciones de Consuelito e iba a entrar en el cuarto de la enferma, cuando acertó a pasar Mario, tétrico y sombrío como de costumbre.

Se contemplaron un momento con atención. Margot reconoció que Chupas no había mentido: el hombre del café era el mismo Mario Ledesma.

Y Mario, al reconocer en aquella mujer a la artista del infimo garito donde el juego y todos los

vicios campaban por sus respetos, sintió como un ramalazo de ira.

—¿Qué hace usted aquí? Una mujer de su categoría no puede estar en una casa como esta.

Aquellas palabras indignaron a Margot, que irguió el busto con arrogancia.

Una sonrisa despectiva se dibujó entre sus labios.

—Sí, soy mala — dijo —. Pero tú eres peor. José está en la cárcel por tu culpa y mientras tú te paseas, él sufre por un delito que tú solo has cometido.

—¡Oh, calla, calla...! — clamó, horrorizado. — ¿Cómo sabes?

—¿Ves? La conciencia te remuerde. ¡Desgraciado! Has caído en un abismo y vas rodando hacia otro mayor, si no rectificas tu proceder.

Consuelo había oído aquellas voces. La palabra acusadora de Margot la había dejado estupefacta.

Murio culpable... Y José en la cárcel... por su culpa. ¡Oh, instan-

tancamente se explicó muchas cosas, y el gesto hermoso de José adquirió toda su plenitud y toda su justificación ante ella!

Sus nervios vibraban; la discusión continuaba afuera. Se oían las palabras: Ladrón, insensata, mala mujer... La idea de que la irresponsabilidad de José iba a quedar patente, la llenaba de un baño de luz, pero el espíritu de que fuera Mario, su propio hermano, el culpable, amortiguaba parte de su intensa alegría.

Intentó incorporarse y con un sobrehumano esfuerzo, los nervios en tensión, todas las facultades en el deseo de andar, saltó del lecho, y, apoyándose en la cama, tambaleándose, insegura y frágil, avanzó hacia la puerta, a tiempo que Mario, exasperado por la acusación de Margot, la increpaba furiosamente.

—Salga de mi casa, salga y no vuelva usted aquí nunca.

—Saldré, pero proclamaré la verdad a todas luces y no protegeré el sacrificio de un inocente.

—¿Quién es usted para atreverse a intervenir en nuestros asuntos familiares? ¡Salga de aquí... intrusa!

—Saldré, pero no te librarás del castigo.

La puerta, empujada por las manos temblorosas de la joven, se abrió y apareció en el umbral Consuelito, roja de emoción y de ira.

Callaron los dos ante la presencia, que parecía sobrenatural, de esta joven, sosteniéndose por primera vez sin ajena ayuda.

—¡Mario! — sollozó. — No te

creí capaz de semejante infamia... Has consentido que José sufriera... que José perdiera la reputación, el honor, por no confesar tú tu pecado...

—¡Hermana!

—Es increíble... Es espantoso...

¡Mario... Mario!

No pudo más. La impresión había sido demasiado dura, excesivamente penosa y superior a las fuerzas puestas en máxima tensión.

Su cuerpo se dobló. Fue a caer, pero la sostuvieron las manos de Mario y de Margot. La pobre niña cerró los ojos exhalando suaves gemidos.

La dejaron blanda en la cama... Llegaron los señores de Ledesma, asustados por los últimos gritos... pero sin haberse enterado de la verdad.

Era preciso avisar inmediatamente al médico. ¿Cómo se había atrevido Consuelito a saltar sola del lecho? En medio de todo, ello significaba que las fuerzas comenzaban a despertar, a encenderse en energías prometedoras...

Margot miró intencionalmente a Mario, que con un pequeño ademán le había solicitado silencio.

Su mirada era acusadora, y bajo su peso se sentía abrumado y nervioso.

Miró a sus padres, que ignoraban el motivo de aquella escena borrascosa y violenta. Contempló a Consuelito, que seguía quejándose dulcemente. Pasó la mirada por la habitación, descubriendo en un rincón el violín y el arco que habían pertenecido a José... Aquel

VIVIRÉ OTRA VEZ

llos objetos le causaron un mayor remordimiento.

Se estremeció, creyó ver aparecer a José, para decirle: ¿No tienes aún bastante?

Consuelito articulaba extrañas palabras; prestaron atención y oyeron claramente que ella decía, en su delirio, el constante motivo de sus últimos tiempo de enamorada.

—José, yo quiero a José... Ven pronto, José, ven pronto...

Aquellas palabras revelaron a los señores de Ledesma el secreto que había ocultado su hija

Mario sintió de pronto como si las lágrimas afluyeran a él y una honda pena le llenó el corazón.

Margot le envolvió en una nueva mirada de interrogación, como diciéndole: ¿Hasta cuándo ha de durar el tormento que la prisión de José provoca? Tú podrías hacerlo cesar con una palabra. ¿Por qué no la dices?

Los señores de Ledesma contemplaban emocionados a su hija, que seguía articulando entre sueños y delirios y fantasías lo que formaba todo el centro de su vivir:

—José... José...

...

El doctor Guzmán aseguró que únicamente la presencia de José podía mitigar la crisis en que estaba sumida Consuelito.

Pero, ¿cómo conseguir que José, preso y objeto de una fuerte acusación, pudiera ir a casa de los padres adoptivos para prodigar la alegría de su presencia en Consuelito?

Aquel descubrimiento les había dejado atónitos. Nunca hubieran podido pensar en él. Siempre creyeron que el interés que Consuelito sentía hacia José, era puramente fraternal.

Ignoraban todavía lo que Consuelito sabía ya: que José era fatal y purar ante inocente. Que su actitud provenía del sacrificio hacia el hermano.

Y el señor Ledesma, que tenía sus dudas sobre la culpabilidad de José, pues si bien todo le acusaba, le abonaba su conducta anterior, lo irreprochable de su existencia pasada, la delicadeza, el amor al trabajo, la atención y la

pulcritud de que siempre había dado muestras, se dirigió al día siguiente a visitar al Director de la cárcel para suplicarle, con todo el amor y el dolor del padre que cree encontrar el único remedio para la hija doliente, dejase ir a José a su casa.

—Mi hija se está muriendo, señor. Déjelo ir, estoy segura que al verle Consuelito mejorará.

—Lo siento, señor Ledesma, no puedo... El muchacho me inspira confianza, pero no es posible...

—Sólo por unas horas... Haga usted una excepción... Yo me hago responsable de lo que pueda suceder.

Vacilaba el Director.

—No debería... Es un compromiso, pero... ha de prometerme usted que cuatro horas después estará aquí.

—Le doy mi palabra en nombre de José porque sé, me consta que, éste, la cumplirá.

Entonces, mañana por la mañana saldrá de aquí...

VIVIRÉ OTRA VEZ

—Gracias, señor Director.

Bastó el anuncio de aquella visita para que hubiera luz en los ojos apagados y dolientes de la enferma.

Y al día siguiente, José, presa de intensa emoción, volvió a pisar la casa donde había transcurrido su vida.

Se sentía profunda, extraordinariamente emocionado. La idea de volver a ver a sus familiares, singularmente a Consuelito, le enternecían.

Estaba curado del otro amor, del de Esperanza. En realidad, quizás no la había amado nunca; espejismo de su imaginación derretido al calor de las primeras realidades. Puego de artificio vencido a la luz de lo permanente. En cambio, Consuelo era realmente el verdadero amor, amor hecho de gratitudes, de alegrías, de tristezas, amor del que ahora se desbordaba su corazón y era todavía imposible y lejano, porque las circunstancias lo impedían.

Y seguramente tardaría su realización. No se hacía ilusiones sobre su libertad definitiva.

Mario se mantendría indefinidamente en su silencio, y la resolución heroica de él no había variado. Acusado de un grave delito, el Juzgado no apreciaría circunstancias atenuantes. Unos años de cárcel recaerían sobre él. ¡Quién sabe si el sueño de amor se haría irrealizable!

Entró José en la habitación de Consuelito. Esta descansaba en una modorra suave, dulce.

Los señores de Ledesma y la

doncella María estaban en el cuarto y saludaron afectuosamente a José. La señora de Ledesma, madre adoptiva suya, que le había querido como a un hijo, se sintió acometida por una intensa congoja. Era imposible que José fuera culpable. No había perdido en aquellas semanas de cárcel aquella dignidad de su semblante, aquella pureza del mirar, aquel porte que despedía el resplandor de la inocencia.

—Calle, mamá, no llores...

—José... ¿Cuándo volverás definitivamente con nosotros?

—¿Por qué no pronto? — dijo para animarla. — Cuando uno menos lo cree, recobra la libertad.

—¿Nos dirás al fin el por qué de toda esa tragedia?

—Dejemos eso en manos de Dios.

—¡Oh, Consuelo despierta! Salgamos — dijo el señor Ledesma. — Será preferible que estés solo con ella, José.

Abandonaron la estancia. José se quedó junto a la enfermita, que había abierto suavemente los ojos, pero como ensimismada en una gran paz interior.

La voz amada resonó a su oído como una leve caricia de seda.

—Consuelo... Consuelito.

Alzó los ojos y se llenaron de una blanca luz.

—¡José!

—Alma mía... Sí... soy José...

—¿Cómo estás? — dijo, conmovido.

—Bien... ¿Pero tú?... ¡Tú aquí! ¿Estás ya libre?

Quiso cogerla suavemente.

—Vendré muy pronto definiti-

vamente y para siempre. Cesará toda la pesadilla. Seremos felices, Consuelito.

Guardó silencio. Le miraba sonriente, feliz, de aquella presencia que le parecía de milagro, de ensueño.

Entraba suavemente la luz del atardecer; olores del cercano jardín venían cargados de rosas.

Dulcemente ella habló.

—José... José... Me encuentro mejor... mucho mejor... con ansias de vivir... de andar... de volar...

—¡Mi dulce niña!... ¡Mi dulce inspiradora!...

Pero se apagó la sonrisa en los labios pálidos.

—No digas eso. Inspiradora, no. ¿Y Esperanza?

Este nombre no produjo en el joven ninguna impresión. La conducta fría y desdeñosa de Esperanza había arrancado en flor el jardín de los amores felices.

—No la nombres... Todo terminó entre nosotros. Me he dado cuenta de que sólo contigo sería feliz...

—Me engañas! —añadió la niña como si oyera el dulce relato de un cuento de infancia en que el oro de la fantasía teje los ensueños más bellos e irreales.

—No te engaño —exclamó con convicción—. A quien quiero es a ti, y no como una hermana, ¿comprendes?

—¿De verdad?

—¡Te lo juro!

—¡José!... ¡Dímelo otra vez!...

Y luego con temores de niña, a quien da miedo la felicidad, exclamó:

—¿Verdad que no me moriré?

—¿Morirte? ¡Qué cosas dices! Pronto estarás bien del todo... Podrás andar... Moverte de un lado a otro...

—¿Y tú? ¿Estarás para siempre conmigo?

—¡Para siempre!

Le hacía daño el corazón que le gritaba con energía la necesidad de aclarar los hechos, de no seguir sacrificando su amor a la tranquilidad de un culpable que se mantenía en la sombra de la impunidad. Rechazó este grito con espanto. No quiso pensar en lo que podía suceder.

—¡Mi dulce Consuelo!... Pero... aquí está mi violín... ¡Qué de recuerdo me trae!... ¿Quieres oír un poco de música?

—Sí.

Empuñó el arco, cogió el violín, y una dulce sonata melancólica, de fino amor de primavera, llenó el ambiente de paz, de felicidad el corazón de la niña, de unas ansias locas de vivir, en el artista, inspirado como nunca en la música, eterna compañera del amor y del dolor, amiga fiel que sabe siempre llegar al alma y hablar el lenguaje inmortal del sentimiento.

Lágrimas de amor se escapaban de los ojos de Consuelito que se fué blandamente durmiendo, transportada a un mundo celestial por aquellas melodías que tenían algo de inefable amor divino.

...

Regresó contristado a la cárcel. No había querido despedirse de Consuelo a la que dejó en la placidez angelica de su sueño.

Pero se sentía enfermo y le pedía a Dios fuerzas para continuar manteniendo su sacrificio.

No había visto a Mario, no había querido preguntar por él, pero le daba la impresión de que continuaba su existencia intranquilizadora. ¡Si al menos el sacrificio suyo sirviera para regenerarlo! Pero, si no era así, si un día u otro caería en poder de la justicia al deslizarse fuera de la ley, ¿era justa la continuación de aquella dolorosa mentira?

Entró en el despacho del director para agradecerle una vez más las atenciones que tenía para con él.

El funcionario le tendió la mano con un ademán campechano y afectuosísimo.

—Mi querido amigo, no me equivoqué al juzgar a usted inocente. Dentro de poco, mañana

misimo, quedará usted en libertad. Todo está aclarado y su nombre reivindicado para siempre.

—Pero, es que...

—Haga pasar al preso — ordenó a un guardián.

Y momentos después, ante la estupefacción de José, entró Mario, pálido, desencajado.

—¡Tú! — dijo José avanzando hacia él. — ¿Por qué has venido?

—Yo, José, yo... Perdóname. He sido un cobarde... un miserable que consentí en tu sacrificio, pero ya no he podido seguir resistiendo la voz de mi conciencia, inflexible... No he podido más. Me he entregado, he confesado que he sido yo el ladrón, y que tú tomaste mi puesto para salvarme...

—¿Mario?

Se fundieron en un abrazo estrecho, leal.

—Lo hacía gustoso con la esperanza de que te regenerases, Mario.

—He de pagar con la Ley... He de purgar mi delito, no me impor-

EDICIONES MARAZUL

ta. Este ambiente me purificará, me hará más bueno... Y luego volveré a vivir. Volveré a vivir la vida honrada de la que nunca debí apartarme... Cuesta tan poco ser bueno... Y tantos disgustos, y tristezas y pesadillas la maldad...

Volvieron a alzarse. José se sentía conmovido. Le oía hablar el lenguaje del arrepentimiento y pensaba que tras la pena vendría la regeneración, la vida nueva consagrada al trabajo y a la honradez.

VIVIRÉ OTRA VEZ

Y a la otra mañana, tras una escena de despedida con su hermano adoptivo Mario, José salió de la cárcel, vindicado solemnemente y con la vida nueva por delante.

Un coche le esperaba cerca del portal. De él, del brazo de María descendió Consuelo que había querido ser la primera en recibir a José, devuelto al seno de la sociedad.

Nerviosa, en tensión todos sus miembros por la emoción experimentada, aun inseguras aquellas piernas rotas antes por la invalidez, dio unos pasos sola, los primeros pasos, con la dulce alegría de no necesitar el bastón ni la muleta.

Avanzó suavemente hacia el hombre amado, que corrió hacia ella y la estrechó en brazos en el momento en que la joven iba a desplomarse, fatigada por el esfuerzo.

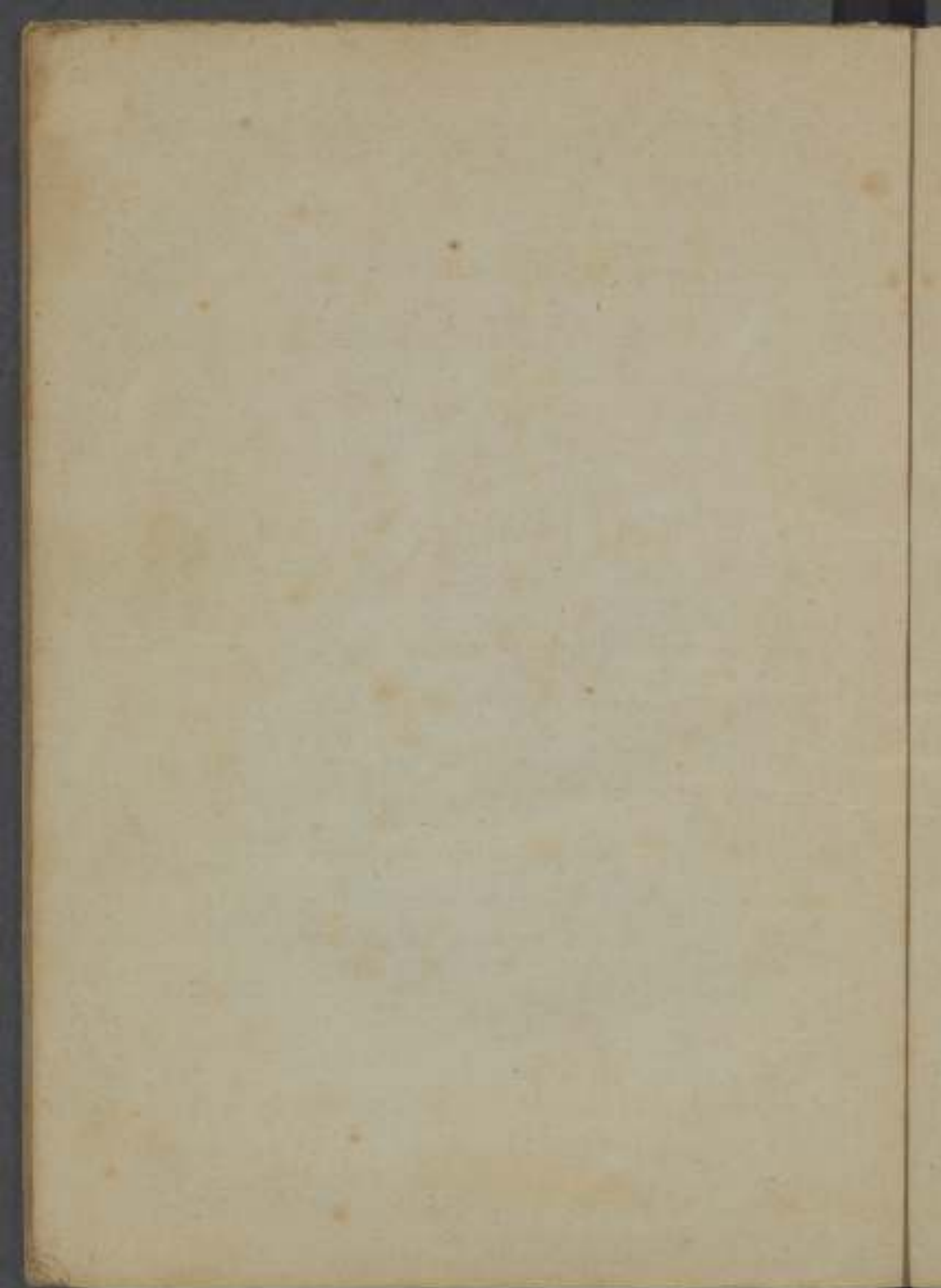
Pero estaba curada... El doctor Guzmán había triunfado... Sus piernas adquirirían poco a poco la fortaleza de las normales.

Subieron al coche con la profunda emoción de su amor recobrado y triunfante.

Volverían a vivir también. Una vida fecunda, suave, alegre, bajo la dulce bendición de Dios.

Y cerca, Margot, la madre, que había querido presenciar la libertad de su hijo, sonreía entre lágrimas...

FIN





No deje de adquirir
la magnífica novela
cinematográfica

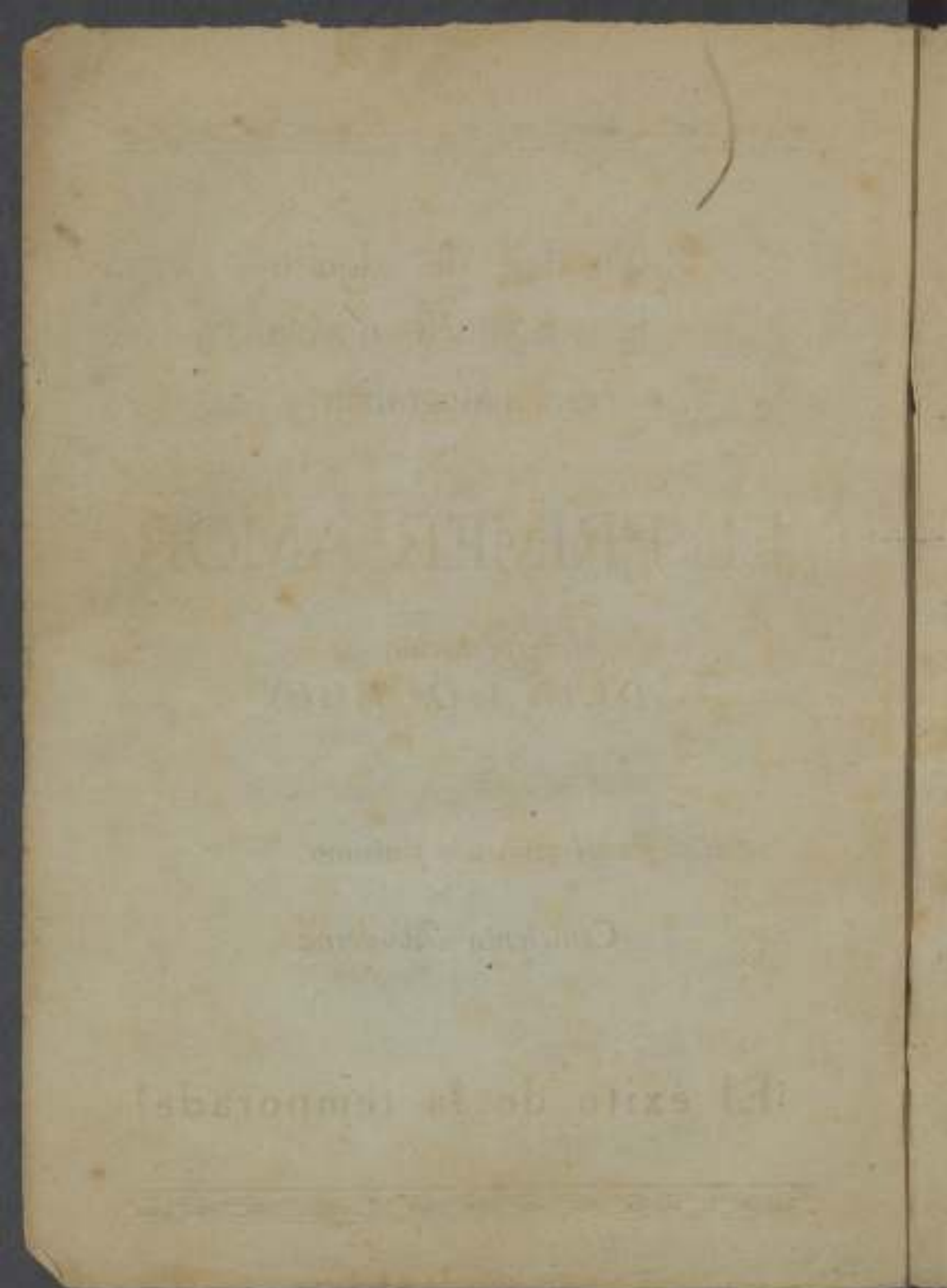
EL PRIMER AMOR

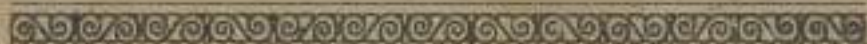
Interpretación de
DIANA DURBIN

Argumento finísimo
de la
Cenicienta Moderna

¡El éxito de la temporada!







Las mejores canciones en

Cancionero de las Estrellas
Cancionero Hispano-Americano
Cancionero del Charivari
Retablo Español
Melodías



PUBLICACIONES DE EXITO

Colección de novelas selectas

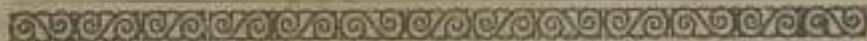
LUZ DE LUNA

de Venancio Fernández Flórez

EL JAYÓN, TALÍN, CUMBRES AL SOL

3 magníficas novelas de Concha Espina, en un tomo

Ptas. 3



THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY

RECEIVED

18

CHICAGO

CHICAGO